

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

Alfombras de visión

LOU CARRIGAN





PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN

ALFOMBRAS DE VISIÓN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.178
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

1ª edición en España: marzo, 1985

1ª edición en América: septiembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Lou Carrigan - 1985 texto

© Norma - 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Depósito legal: B 5.693 - 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

MUERTE EN EL BARBANEGRA MOTEL

Scott Levine era miope, mas no sordo. En realidad, tenía un oído excelente, y por eso, cuando sonó aquel estampido, supo en el acto que se trataba de un disparo de pistola. De modo que separó su nariz del periódico que estaba leyendo, alzando con vivo gesto la calva cabeza.

Estuvo así tres o cuatro segundos. Luego dejó el periódico sobre el mostrador de la cabaña de recepción, salió de detrás de éste, y corrió hacia la puerta. Cuando salió de la cabaña mirando vivamente a todos lados, no vio a nadie. Desde luego, había sonado un disparo, pero de lo que no estaba seguro Scott era del lugar donde esto había ocurrido.

En el momento en que Scott bajaba del porche divisó algo a cierta distancia de allí. A decir verdad, no habría podido calcular la distancia más que aproximadamente, pero sí distinguió perfectamente, a la luz de las farolas del motel, que él mismo había encendido hacía pocos minutos, el resplandor dorado desplazándose a toda velocidad. Scott tardó un solo segundo en comprender que aquel resplandor dorado era una cabellera de mujer, y se dirigió corriendo hacia aquel resplandor, gritando:

—¿Qué ha ocurrido?

Por un momento, dejó de ver la cabellera. Vio el rostro de la mujer, que se había detenido. Pero enseguida, cuando Scott estaba unos cuantos metros más cerca de ella, la mujer echó a correr, desapareciendo muy pronto del alcance de la vista de Scott, lo que, ciertamente, no era nada difícil.

En alguna parte, Scott oyó voces preguntando en tono alterado qué ocurría, pero prescindió de la curiosidad ajena sobre lo sucedido, porque ya tenía suficiente con la suya. Y su curiosidad, por instinto, le impulsaba hacia la cabaña número once. Bien, más que instinto era convicción; convicción de que la mujer rubia que

había escapado corriendo era la misma que apenas una hora antes se había presentado en su cabaña pidiendo alojamiento. Y él la había llevado a la cabaña número once.

Cuando llegó al porche de esta cabaña, Scott Levine se dio cuenta de que la puerta estaba solo entornada. La empujó, impulsado por aquel instinto de perro viejo, y entró. Las luces estaban encendidas. Scott se encontró enseguida en el centro del pequeño saloncito, adonde llegó tan deprisa que, prácticamente, tropezó con el cadáver.

Scott Levine bajó la cabeza, contempló el cuerpo del hombre que yacía ante sus pies, y lanzó una exclamación ahogada y enseguida una frase feísima:

—¡Me cago en la mierda...!

Se arrodilló junto al sujeto en cuestión, viendo ahora con más claridad la roja mancha que se extendía por su blanca camisa, empapando también la corbata y un borde de la chaqueta.

Scott se incorporó, pálido.

—¡Señorita Smith! —llamó con voz aguda.

Estaba seguro de que era una tontería llamarla, del mismo modo que estaba seguro de que había visto a la rubia señorita Smith huyendo a todo correr. Y ciertamente, la señorita Smith no contestó.

CAPÍTULO PRIMERO

Adam Brooks, teniente de la División de Homicidios del Departamento de Policía de Santa Anita, California, volvió el libro registro de nuevo hacia Scott, mirando a éste con gesto amable. Adam Brooks era siempre amable; serio como una piedra, pero amable.

—Gracias, señor Levine.

—Ya ha visto —dijo Scott, cerrando el libro—. Lo que le dije: ella firmó con el nombre de Mary Smith.

—Evidentemente. Y eso no le gustó a usted.

—Bueno —encogió los hombros Scott—, uno está ya acostumbrado a estas cosas, teniente. La verdad es que lo único que me sorprendió de la señorita Smith fue que llegase sola.

—Pero luego llegó él.

—Sí, el tipo muerto, el de la barba. Entró aquí, me preguntó en qué cabaña estaba la señorita Mary Smith, yo se lo dije, y él se fue hacia allá, a pie.

Adam asintió con la cabeza, y se acercó a la encristalada puerta de la conserjería. Desde allí pudo ver el coche en el que había llegado el hombre que ahora estaba muerto, y cuyo nombre, averiguado fácilmente por la documentación que le habían encontrado encima, era Wendell Howells. Había residido en Los Ángeles, en efecto. Hasta aquí, todo vulgar. Pero...

Adam se volvió hacia Scott.

—¿Se dio usted cuenta de que el señor Howells, el muerto, llevaba barba postiza, señor Levine?

—¡Anda...! ¿Era postiza? Pues, la verdad es que no, no me di cuenta. Bueno, conversamos sólo unos segundos ahí fuera, ya sabe.

—Si lo hubiese visto aquí dentro, con más luz, quizá se habría dado cuenta, ¿verdad?

—No sé... Mi vista no es muy buena.

—Pero me ha descrito muy bien a la señorita Smith: alta, bonita, joven, rubia, con lentes de sol, abrigo azul, zapatos de tacón alto...

—Bueno —rió el viejo pillastre—, suelo fijarme más en las mujeres que en los hombres, teniente.

Adam asintió de nuevo, y otra vez miró hacia el exterior. Reflejado en los cristales veía a Scott Levine.

—Según usted. —Adam regresó hacia Levine, que permanecía tras el mostrador—, un hombre estuvo llamando a la señorita Smith por teléfono varias veces desde que ella llegó, hacia las cinco y cuarto de esta tarde...

—Un hombre, no: dos.

—¿Está seguro de eso?

—Teniente, soy miope, pero tengo un oído finísimo.

—Y ninguno de ellos era el señor Howells, el muerto.

—No, señor, ninguno era él. Eran otros dos hombres. Desde las cinco y cuarto, hora en que llegó la señorita Smith, hasta poco antes de que ella saliese corriendo, la llamaron tres veces; uno dos veces, y el otro una sola vez. Primero llamó uno, luego el otro, y la tercera vez volvió a llamar el primero.

—Muy bien. Vamos a llamarlos sujeto A y sujeto B. El sujeto A llamó. Poco después, lo hizo el sujeto B. Luego, volvió a llamar el sujeto A. ¿Correcto?

—Sí, señor: exacto.

—Bien... Usted recibe las llamadas desde el exterior, las conecta por medio de la centralita con la persona o cabaña que desea él comunicante, y... y...

—¿Y qué? No le comprendo.

—¿Escucha usted las conversaciones?

—¡Ah...! No, no. Sin embargo, esta vez sí escuché algo.

—¿Qué escuchó?

—No me interprete mal... Ya le digo que no lo tengo por costumbre. Pero me sorprendió que el sujeto A volviese a llamar.

—O sea, que reconoció usted su voz.

—Naturalmente... ¡En el acto!

—Le envidio el oído, señor Levine. ¿Qué escuchó?

—Bueno, el sujeto A me pidió comunicación con la señorita Smith...

—Perdone. ¿Con la señorita Smith o con la cabaña once?

—No, no: con la señorita Mary Smith, que había llegado esta misma tarde.

—Bien. ¿Qué hablaron?

—Pues, el sujeto A preguntó: «¿Todavía no?». Y la señorita Smith replicó: «Todavía no». Y colgó.

—¿Eso fue todo?

—Sí, señor, eso fue todo.

—¿Y ninguno de los dos ha vuelto a llamar?

—No, señor.

Adam consultó su reloj de pulsera.

—La señorita Smith llegó a las... diecisiete quince, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Y entre esa hora y las dieciocho treinta, que es la hora aproximada en que usted oyó el disparo y vio escapar corriendo a la señorita Smith, la llamaron tres veces. Es decir, en una hora y cuarto, tres veces. En cambio, ahora, cuando han pasado tres cuartos de hora desde la última llamada, como mínimo, nadie ha vuelto a llamar. En hora y cuarto, tres veces. En tres cuartos de hora, ninguna vez... ¿Correcto?

—Correcto, sí, señor. Aunque quizá haga algo más de tres cuartos de hora, ya que la última llamada, o sea, la segunda del sujeto A. se produjo antes de que la señorita Smith escapase. Unos cinco o seis minutos antes de que llegase el señor Howells, el... el muerto.

—Pues todavía queda más desproporcionado esto, ya que el señor Howells llegó diez minutos antes de morir, según usted. Es decir, que llegó hacia las seis y veinte. Lo que significa que la última llamada del sujeto A debió producirse a las seis y cuarto... ¿Bien?

—Sí... Bueno, más o menos, sí.

—O sea, entonces definitivamente en una hora tres llamadas y en tres cuartos de hora, ninguna. ¿Seguro que no fue el señor Howells el que llamó las tres veces y usted se confundió...?

—No, señor —gruñó Scott Levine—: miope, pero no sordo.

—No se enfade conmigo, señor Levine. Y volvamos a la señorita Smith... Evidentemente, ella y el señor Howells estaban citados aquí, puesto que el señor Howells vino directo a preguntar por ella, sin antes haber llamado por teléfono. ¿Está de acuerdo?

—Sé que él no la llamó. Así que lo que usted dice debe ser cierto. Además, es muy corriente que se citen aquí un hombre y una mujer.

—Por supuesto. Sin embargo, enfocando las cosas así, la señorita Smith cometió un error.

—¿Cuál error?

—Llegar aquí en taxi... Porque usted ha dicho que ella llegó en taxi, ¿no es cierto?

—Ella dijo que había llegado en un taxi que la había dejado a la entrada del motel.

—Eso no es lo mismo que usted dijo antes.

—Me explicaré mejor... —farfulló Scott—. A mí no me sorprende nada que la señorita Smith llegase en un taxi hasta cerca del motel, y allí lo despidiera. Pienso que quizá no quería entrar con el taxi en el motel, precisamente para evitar que el taxista, aunque poco podía importarle, supiese que ella venía aquí a arrimarse con un tipo. ¿Comprende?

—Sí. Bueno, ella llegó en taxi, y se marchó a pie... Quizá todo fue un accidente, en definitiva. No se cita a nadie en un motel para matarlo... Lo que trato de decir es que no me parece un crimen premeditado. Mejor dicho, eso pensaba... hasta que usted ha mencionado esas conversaciones entre el sujeto A y la señorita Smith... Tiene usted idea de lo que puede significar ése «¿todavía no?». Quizá si escuchó algo más...

—No, señor, no escuché nada más.

En aquel momento, sonó el teléfono, y el conserje se apresuró a sentarse ante la centralita, recibiendo la llamada.

—«Barbanegra Motel»... ¿Diga?

—¿...?

La miope mirada de Scott se alzó vivamente hacia Adam, que comprendió en el acto, y alzó las cejas con un gesto interrogante tan claro que Scott también comprendió, y asintió, mientras contestaba a su comunicante:

—Un momento, por favor... —Tapó el micrófono—. ¡Teniente, es el sujeto B! ¿Qué hago?

—¡Dígale...!

La expresión de Scott Levine fue de nuevo clarísima. Miró a Adam como si la culpa fuese suya.

—Lo siento, ha colgado.

—Mala suerte... ¿Seguro que era el sujeto B?

—Segurísimo.

Adam miró su reloj. Las siete y cinco; o para ser más exactos, las diecinueve horas y cinco minutos. Se quedó mirando el libro registro, cerrado sobre el mostrador. Volvió a abrirlo, y miró el nombre de Mary Smith, escrito por ésta misma. De pronto, miró a Scott, y murmuró:

—Apuesto a que la señorita Smith es zurda, señor Levine.

—¿Zurda? Pues, no sé... ¡Sí! ¡Sí, es cierto, recuerdo que escribió con la mano izquierda!

—¿Llevaba anillo de casada?

—Llevaba... llevaba... ¡llevaba guantes! No pude ver si llevaba anillo o no, teniente.

—Guantes... ¿Cuántos años diría usted que tiene la señorita Smith?

—¿Años? Caramba... No sé. ¡Era una hermosa mujer, eso es todo! No sé... Veintitantos. No sé.

—Dígame, señor Levine: ¿cuántos años diría usted que tengo yo?

—Mmm... ¿Treinta y tantos?

—Caramba, muchas gracias —casi sonrió Adam—. Pero sepa que voy a cumplir cuarenta y cinco dentro de tres meses, en abril.

En el momento en que Scott Levine comenzaba a carraspear, la puerta de la conserjería se abrió, y entró un hombre de menos de treinta años, alto, atlético, guapo a rabiar.

—Teniente, ha llegado la ambulancia y el forense. Supongo que quiere usted hablar con el forense.

—Sí, Henry... Gracias. Oye, díctale al señor Levine el número del señor Howells, ¿quieres? Y hablas tú con su casa.

—Hombre, teniente...

—Tienes que ir acostumbrándote a estas cosas.

—Sí, señor —masculló Henry Ambler, detective.

Adam le puso en una mano su libreta, y salió de la cabaña. Enseguida vio la ambulancia, delante de la cabaña once. Pero, camino de ésta, estaba el coche de Wendell Howells, custodiado por un agente de uniforme encargado de que nadie tocara ni tan siquiera se acercara al vehículo. Agente que, naturalmente, permaneció impávido viendo a Brooks acercarse al coche y mirar

hacia el interior a través del cristal de la ventanilla delantera, y luego de la trasera, ambas de la parte izquierda. Las llaves estaban puestas en el contacto. En cuanto al coche, era un «Ford» oscuro, modelo setenta y ocho, y de un precio que jamás estaría al alcance de un teniente de la Policía. Lo mismo que las ropas del muerto; para comprarse un traje de aquella calidad, Adam habría tenido que estar ahorrando todo un año.

—No tiene sentido —dijo.

—¿Decía usted algo, señor? —preguntó el agente.

—No... Nada. Siga vigilando.

—Sí, señor, descuide.

Adam se encaminó decididamente hacia la cabaña once. No, no tenía sentido que un hombre como Wendell Howells, que llevaba una billetera de piel carísima, con casi cuatro mil dólares en ella, que vestía trajes de mil dólares, que tenía un coche como aquél, fuese a un motel como el «Barbanegra» cuya categoría era de las más inferiores.

El forense se llamaba Spikes, y estaba examinando el cadáver cuando Adam entró en la cabaña. Lo vio enseguida, y gruñó:

—¿Por qué tanta prisa? No resucitará. ¡Demonios, en poco más de media hora ha movilizado usted a todo el Departamento, Brooks!

—Casualmente, estaba libre cuando llamaron a Santa Anita los de Laguna Beach, de modo que me vine hacia aquí.

—¿Volando?

Adam no contestó. Miró alrededor, donde el equipo de investigación técnica continuaba trabajando. Desde luego que la pistola no aparecería, si no la habían encontrado ya. La señorita Smith se la había llevado.

Adam se dio cuenta de que el forense estaba frente a él, mirándolo con maliciosa curiosidad.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué me dice?

—Blanco, unos cincuenta años, muerto hace menos de una hora de un balazo al corazón disparado a quemarropa. Tan a quemarropa que yo diría que la boca del cañón se apoyó en el pecho del difunto.

Adam asintió con su característico gesto, y murmuró:

—¿Diría usted que la muerte pudo ser accidental?

—No. Pero aclaremos: todo es posible.

—Sin embargo, el hecho de que se apoyase la boca del arma

justo sobre el corazón descarta, a juicio de usted, cualquier disparo fortuito, producido durante una lucha o algo así... o por un simple accidente.

—Para mí es un asesinato —gruñó Spikes.

Adam vio entrar a Henry, y acudir rápidamente hacia él.

—Teniente, he conseguido contacto con la casa del señor Howells. He hablado con un criado... Bueno, la señora Howells no estaba en casa, y...

—Y no has informado de lo sucedido.

—Me pareció mejor esperar el regreso de ella.

—Está bien, Henry. ¿Se sabe cuándo volverá la señora Howells?

—No, señor... A decir verdad, están preocupados por ella. Al parecer, la señora Howells salió de su casa poco después de las dos de la tarde para ir al salón de belleza, y ya debería estar de vuelta.

—Pero quizá ha llamado por teléfono para avisar de su retraso...

—No, no, señor. No saben nada de ella.

—Henry, vas a ir a Los Ángeles, a la casa del señor Howells, y esperarás allí a la señora Howells si cuando llegues ella no ha regresado todavía. No digas a los criados lo que ha sucedido. Cuando llegue la señora Howells, fíjate bien en ella... Si, por ejemplo, es morena, le dices lo que ha sucedido, y la traes aquí. Bueno, al Depósito. Yo estaré allí, esperando, para que ella identifique el cadáver y ocuparnos de todo, ya sabes.

—Sí, señor... ¿Y si no es morena?

—Bueno, si resulta que es rubia, y que lleva un abrigo azul, todo lo que le dirás es que su marido ha tenido un accidente, y que estás allí para llevarle a su lado.

—Pero no le digo que ha muerto.

—No, Henry.

CAPÍTULO II

Debían faltar unos pocos minutos para las nueve de la noche cuando el teniente Brooks detenía su coche oficial delante del «Central Hospital» de Santa Anita, ciudad que, con sus cien mil y pico habitantes, era más que suficiente para mantener ocupado al Departamento de Policía al que pertenecía Brooks.

Adam conocía el lugar sobradamente, así que, tras dejar su coche estacionado, entró en el edificio y fue directo a recepción. La encargada de ésta, una enfermera gorda y con lentes, miró tiernamente a Adam.

—Hola, teniente... —saludó—. Se ha dado usted mucha prisa. Newman está todavía aquí. ¿Quiere que se lo localice?

—Se lo agradecería —asintió Adam.

La enfermera llamó por el servicio interior de altavoces al doctor Newman, y a los pocos segundos sonó el teléfono también interior de la recepción. La enfermera atendió inmediatamente la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—Ah, sí, doctor, es él. Acaba de llegar.

—...

—Sí, doctor. No, nada más... —La enfermera cortó la comunicación—. El doctor Newman le espera a usted en su despacho, teniente. Me parece que conoce el camino, ¿verdad?

—Sí, gracias.

Un minuto más tarde, Adam entraba en el despacho de Jess Newman, traumatólogo jefe del «Central Hospital». Newman estaba sentado a su mesa, llamando por teléfono.

—... dame veinte minutos, querida. Adam acaba de llegar, lo despacharé enseguida y nos...

—¿...?

—Que no, mujer. De verdad: en cuanto termine con Adam, salgo

para ahí. ¿De acuerdo?

—¡...!

—Está bien. Hasta dentro de veinte minutos... —Colgó, y aceptó el cigarrillo ya encendido que le tendía Brooks—. Gracias, hombre. Bueno, a ver, explícame todo ese lío.

—Han matado a un hombre en el «Barbanegra». Se llamaba Wendell Howells, según su documentación. Llamamos a su casa, pero su esposa no estaba. Envié allá a uno de mis hombres, y, desde Los Ángeles, que es donde residía Howells, me ha llamado al Depósito de Laguna Beach para decirme que la esposa del difunto está aquí: Lilliam Palmer, es decir, Lilliam Howells, de casada.

—Sí, está aquí. Nosotros avisamos a su casa de Los Ángeles para que lo notificaran a su marido, y...

—... Y mi agente se enteró allí. Está bien, Jess. Dime: ¿qué hace aquí la señora Howells? ¿Cuándo ingresó y por qué?

—Ingresó hacia las ocho y cuarto, en pésimo estado y con una crisis de nervios tremenda. Ha sido violada.

Adam quedó atónito.

—¿Violada? —murmuró.

—Eso he dicho.

—Pero... ¿cuándo, cómo...? ¡Violada!

—Por lo que he entendido, se ha pasado algunas horas encerrada en una camioneta con dos sujetos que se han dedicado a divertirse de lo lindo con ella. Finalmente, ha podido escapar. Está llena de magulladuras, arañazos, contusiones varias... Ha tenido que pasarlo muy mal.

—¿La has examinado tú mismo?

—He estado en ello, sí. ¿Por qué?

—¿La han...? Bueno, quiero decir... ¿Es seguro que la han violado? Lo que trato de preguntarte es si habéis examinado... adecuadamente esa parte del asunto.

—Supongo —casi rió Newman— que «esa parte del asunto» es el sexo de la señora Howells, ¿no? Naturalmente que lo hemos examinado, hombre. La hemos atendido adecuadamente en todo... y esa parte del asunto es siempre la más delicada.

—Sí, lo comprendo. ¿Puedo ver a la señora Howells?

—Verla, sí. Pero nada más. Adam, te prohíbo terminantemente que hables con ella.

—Habrá que decirle que su marido ha muerto.

—Mañana será otro día. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues larguémonos de aquí, antes de que me atrapen para cualquier otra emergencia. Te llamaré mañana por la mañana.

—Está bien. Te aseguro que no voy a molestarla esta noche, Jess, pero... ¿no podría echarle un vistazo?

—Ah, eso sí. Pero vas tú solo, ¡yo me largo! Creo que la han llevado a la habitación 305. ¿Algo más?

—¿No ha venido ningún compañero mío para atender el caso de la señora Howells?

—Estuvo aquí el sargento Lawrie, pero lo llamaron luego, le dijeron que tú estabas en el caso, y se fue. Se supone que tú vas a encargarte también de esto... ¡Malditos seáis, tengo que irme!

—Adiós, Jess.

Riendo, Adam abrió la puerta del despacho, y Newman salió disparado. Adam subió al tercer piso, dejó caer el cigarrillo en un gigantesco cenicero de pie, y buscó la habitación 305. Llamó quedamente con los nudillos, y a los pocos segundos la puerta fue abierta por una enfermera.

—Soy el teniente Brooks, de Homicidios. ¿Cómo está la señora Howells?

—Dormida, por fin. Yo me iba ya, teniente. Todo va bien.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Sí, claro. Pase.

Adam entró, la enfermera cerró la puerta, y se quedó allí, mientras Adam se colocaba junto a la cama. Lo primero que destacaba en Lilliam Howells era su larga, hermosa, abundante cabellera roja...

Adam volvió la cabeza hacia la enfermera.

—Parece que duerme muy profundamente.

—Es por el calmante. Estaba hecha trizas de histerismo.

—¿Podría... verla un instante? El cuerpo, quiero decir. Sólo si es posible. Desde luego, no soy un sátiro.

—Claro.

La enfermera se acercó y destapó a la dormida señora Howells, dejándola al descubierto hasta la mitad de los senos. Había arañazos en la cara interna de los muslos de la mujer, en el vientre, en uno

de los pechos, cuya blancura era inaudita. Destacaban algunos golpes en un costado.

Adam asintió y la enfermera bajó el camisón. El propio Brooks abrió un poco el escote de la prenda, y vio en el cuello señales de violencia, destacando especialmente, con toda nitidez, un mordisco...

—Gracias —murmuró—. Volveré en cuanto el doctor Newman me autorice, espero que por la mañana... Preferiría que nadie le dijera nada de mi visita a la señora Howells.

—No creo que ella esté en condiciones de escuchar a nadie hasta dentro de diez o doce horas, teniente.

—De acuerdo. Dejémosla descansar. Ah, una cosa: ¿dónde están las ropas y demás de ella?

—Lo he puesto todo en el armario.

La enfermera abrió el armario, y Brooks se quedó mirando el vestido, sucio y desgarrado. Junto al vestido, colgaban las prendas interiores de Lilliam Howells; es decir, sólo los sujetadores, y un sugestivo portaliqas, junto con las medias, también rotas; no vio las braguitas, pero esto era fácil de comprender. En el suelo del armario vio unos zapatos, que tomó cuidadosamente. Estaban polvorientos y arañados. Los volvió a dejar en el suelo.

—¿No llevaba nada más?

—No, señor.

—¿Ha dicho algo, aunque sea adormilada, o delirando...?

—Nada que hayamos entendido bien. Al menos, yo. Lo que sí le aseguro es que estaba aterrada.

Dos minutos más tarde, Adam Brooks se sentaba ante el volante de su coche. Encendió otro cigarrillo y permaneció allí, fumando muy pensativo hasta terminarlo. Luego, tomó el micrófono y pulsó la llamada.

—Coche 12, teniente Brooks.

—Adelante, teniente.

—¿Ha regresado Henry Ambler de Los Ángeles?

—Todavía no, señor. Debe estar en camino.

—Me voy a casa. Cuando Henry regrese díganle que me llame allí. Es todo.

—Muy bien.

Adam Brooks dejó el micrófono, puso el coche en marcha, y se

alejó del «Central Hospital».

Berenice le estaba esperando en el vestíbulo del edificio donde tenía su apartamento, en Alvarado Lane.

—Hola, teniente —saludó, poniéndose en pie.

—Hola, sargento. ¿Qué haces por aquí?

—Ésa es una interesante pregunta —dijo maliciosamente Berenice, sargento del Police Department.

—¿No me tocaba a mi ir a tu apartamento, esta vez?

—Trabajas demasiado... —refunfuñó Berenice.

Adam Brooks se quedó mirando con amable sonrisa a su colega, la bella Berenice Barsh. Berenice tenía treinta y dos años, un rostro hermoso, inteligente y firme, y un cuerpo espléndido. Era rubia, de ojos oscuros, boca grande, llena. Había quedado viuda de un policía hacía seis años... pero, evidentemente, seguía sintiendo debilidad por los policías. Al menos, por el llamado Adam Brooks. Debilidad que no era un secreto para nadie en el Departamento de Policía.

—¿Qué miras? —inquirió Berenice.

—Estás muy bonita esta noche. Bueno, subamos.

Adam abrió la puerta, entraron los dos, y Berenice encendió la luz.

Berenice se había quitado el abrigo, y Adam le dio una palmadita en el sugestivo trasero.

—Lo que más me gusta de ti no es precisamente el cerebro.

—Sí, ya me he dado cuenta: te vuelves loco persiguiéndome.

—He estado ocupado.

—Si te gustan las rubias, yo soy rubia, no sé si te has dado cuenta.

—Pero no te llamas Mary Smith. ¿Cómo demonios estás tan al corriente de todo este embrollo?

—Pensé que era un buen pretexto para venir a pasar la noche contigo. Mañana tengo el día libre. ¿Quieres que prepare algunos bocadillos?

—Bueno. Voy a ducharme. Estaré listo enseguida.

—No te des prisa.

Seis o siete minutos más tarde, cuando Adam se disponía a salir de la bañera, Berenice descorrió la puerta de cristal y, completamente desnuda, con toda naturalidad, entró, cerró la cristalera, tapó el desagüe, y se colocó bajo el chorro de agua tibia.

—Si has terminado, empieza conmigo, ¿quieres? —pidió.

Adam le echó un chorro de gel entre los pechos, y alargó el chorrillo hasta que llegó al vello del sexo.

—Un hombre de cincuenta y dos años, Wendell Howells —dijo de pronto Adam—, se cita en un motel barato con una chica alta, guapa, rubia, que lleva lentes de sol y que al parecer no tiene más de treinta años, la cual firma en el registro del motel como Mary Smith. Ella llega a las cinco y cuarto de la tarde; él, una hora más tarde. Cinco minutos después, ella lo mata de un balazo al corazón y escapa, dejando el lujoso «Ford» de él con las llaves puestas, a menos de cuarenta metros. A Mary Smith, desde las cinco y cuarto hasta las seis y cuarto aproximadamente, la habían estado llamando dos sujetos: el A y el B. El A pregunta, la segunda vez que llama: ¿todavía no? Ella contesta: todavía no. Y cuelga. Hacia las siete y cinco, llama el sujeto B, pero se huele algo y mientras el encargado del motel me pregunta qué hace, corta la comunicación. Pregunta: ¿para qué se habían citado Mary Smith y el señor Howells en el motel?

—El, para gozar de ella; ella, para matarlo a él... ¿No?

—Mientras tanto, dos sujetos habían secuestrado a la señora Howells; la tenían dentro de una camioneta, donde se dedicaron a violarla a placer. Pregunta: ¿es casualidad o no ese secuestro violación de la señora Howells?

—No.

—Dos sujetos llaman a Mary Smith al motel. Dos sujetos han secuestrado y violado a la señora Howells. Pregunta: ¿pueden ser los mismos sujetos?

—Podrían serlo perfectamente.

—A la señorita Smith, uno de sus comunicantes le pregunta: ¿todavía no? Pregunta: ¿sería posible que el otro también le hiciese la misma pregunta?

—Sí.

—Supongamos que así es. Pregunta: qué significa exactamente ése «¿todavía no?».

—Podría ser que quisieran saber si todavía no había matado a Wendell Howells.

—Pregunta: ¿para qué?

—Bueno... ¿Quizá les interesaba saberlo para hacer ellos algo a

su vez?

—Hacer, ¿qué? No creo que estuviesen pidiendo permiso para violarla, pues eso ya lo estaban haciendo o lo habían hecho.

—Quizá nos hemos precipitado un poco al establecer que los dos comunicantes de Mary Smith y los dos violadores son los mismos hombres. Y a mí se me está ocurriendo otra pregunta: ¿quién de los dos llevó la pistola: la señorita Smith o el señor Howells?

—Según todas las evidencias, la señorita Smith.

—¿Evidencias... o suposiciones?

—De acuerdo: suposiciones. Pero me pregunto para qué demonios iba a llevar una pistola el señor Howells. Si la llevaba para matar él a la señorita Smith, la cosa no tiene sentido: dudo que una mujer pueda quitarle la pistola a un hombre que quiere matarla, y pasar a ser ella la asesina.

—Entonces, está claro que los sujetos

A y B

lo que preguntaban era si ella lo había matado ya o todavía no.

Adam Brooks quedó unos segundos pensativo, inmóvil, dejando de enjabonar los suaves y prietos muslos de Berenice.

—No sé —masculló—. Pero tengo el presentimiento de que lo que preguntaban los sujetos

A y B

no era si Mary Smith había matado ya a Wendell Howells.

—¿Qué preguntaban, entonces?

—Espero llegar a saberlo. La bañera se va a desbordar.

Berenice se inclinó hacia delante, y quitó el tapón del desagüe. Adam se puso en pie, le tendió las manos, y la ayudó a hacer lo mismo. Se quedaron los dos bajo el chorro del agua, abrazados por la cintura.

CAPÍTULO III

—¿Se encuentra usted mejor, señora Howells?

—Si... Me encuentro bastante bien... creo. Gracias.

—Bien... Bueno, señora, soy el teniente Brooks, del Departamento de Policía de Santa Ana. Me temo que tengo una mala noticia para usted... Es respecto a su marido.

—¿No han podido localizarlo?

—Ha muerto, señora Howells.

La mirada de la pelirroja y, pese a todo, muy atractiva Lilliam Howells, se avivó; incluso pareció contemplar con nueva curiosidad a Brooks, como si éste acabase de realizar algún fantástico, extraordinario juego de magia.

—¿Qué dice? —murmuró.

—Ha muerto. Lo mataron anoche, de un disparo, en un motel.

—¡En un motel...!

—Relativamente cerca de aquí; en Laguna Beach... ¿Me permite que me siente, señora?

Lilliam asintió, con movimientos de cabeza. Cuando Adam se hubo sentado, ella tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, y el policía pudo ver, como pequeños cristales relucientes, las lágrimas que aparecían en sus ojos. Adam Brooks permaneció en silencio.

—Hubiese querido poder decirlo de otra manera —murmuró de pronto Adam—, pero la verdad, pese a que llevo muchos años en esto, todavía no la he aprendido. Lo siento.

Ella se limpió las lágrimas con el borde de la sábana, y volvió de nuevo el rostro hacia él.

—¿Qué... qué hacía Wendell en un motel? Bueno, quiero decir... Bien...

—Se encontró allí con una chica. Una muchacha rubia, que se registró con el nombre de Mary Smith.

—¿Mary Smith?

—No se esfuerce en recordar ese nombre, señora. Naturalmente, es falso.

—Claro... Bueno, no sé... Teniente, ¿está seguro de que soy la persona con la que usted ha venido a conversar? Soy...

—Comprenderá usted, señora Howells, que no voy a equivocarme en una cosa así.

—Sí... Es verdad. En un motel... ¿Y ella, esa chica...? ¿También la... la...?

—¿La mataron? No. Fue ella quien mató a su marido, señora.

Lilliam quedó estupefacta.

—¿Por qué? —exclamó.

—Lo averiguaremos.

—¿Quiere decir qué...?

—Escapó. Pero la encontraremos. Tengo varios hombres en eso. Si encontramos al taxista que la llevó cerca del motel, tendremos posibilidades inmediatas. Bueno, me gustaría conversar un buen rato con usted. Bien entendido que si no está en condiciones...

—Estoy bien... Físicamente, estoy bien. Dolorida en todo el cuerpo, pero bien.

—Comprendo, señora Howells. Todas estas brutalidades son terribles... en esas circunstancias, claro.

—¿Dónde está... mi marido?

—Tenemos el cadáver en el depósito de Laguna Beach. Cuando usted lo identifique quedará a su disposición, puesto que ya han terminado la autopsia.

—¡La autopsia...!

—Es obligatoria en estos casos, señora Howells.

—Pero ¿no dice usted que lo mataron de un disparo? ¿Para qué la autopsia, si ya saben eso?

—Nunca se sabe la de sorpresas que pueden surgir. A propósito; tenemos la bala que lo mató... ¿Sabe usted si su marido tenía algún arma en casa?

—Sí, si... La vi alguna vez. Creo que era una «Colt», o algo así.

—¿Un revólver «Colt» calibre 38?

—Me parece que sí.

—La bala encontrada en el cuerpo de su marido corresponde a un «Colt» 38.

—¿Y eso qué significa?

—No sé. Simplemente, me sorprende un poco, porque eso significaría que fue su marido quien llevó el arma al motel, no la señorita Smith, como yo creía. Claro que puede ser otro «Colt» 38; hay muchos por ahí. De todos modos, quizá usted pueda ayudarnos en ese sentido. ¿Sabe dónde guarda su marido el revólver?

—Claro: en un cajón de su mesa del despacho de casa. El segundo de la derecha... O el primero...

—¿Tendría usted inconveniente en que un compañero mío realizase esa pequeña investigación en su casa?

—Sí, sí... Pueden hacerlo... ¡Oh, Dios mío!

—Creo que será mejor que vuelva en otro mom...

—¡No! —Ella lo miró vivamente, muy abiertos los ojos—. ¡No! Pregunte lo que quiera, haga lo que tenga que hacer.

—Señora Howells...

Los ojos de Lilliam aparecían ahora desorbitados. Parecía estar mirando a través de Adam, contemplando algo horrible. Parpadeó, y miró con sorprendente hostilidad al policía.

—Nada... Nada. ¡No tengo nada que decir!

Adam Brooks parpadeó, muy despacio. Acto seguido, se sentó.

—Estoy encargado también del caso de usted, señora. Le agradecería mucho que me explicase lo que sucedió.

—Me violaron —jadeó Lilliam.

—Sí, ya... Bueno, no he querido decir eso. Me refería a las circunstancias, a las horas... ¿Cómo ocurrió?

—Dijeron que no me asustase, que si les obedecía dócilmente nada me ocurriría, que sólo querían un poco de dinero. Me parece que sabían perfectamente que Wendell tiene... tenía mucho dinero... Me estaban esperando a la salida de «Rachel's».

Es el salón de belleza al que suelo ir un par o tres de veces por semana. Está en Los Ángeles, en Sunset Boulevard.

—¿La estaban esperando allí mismo? ¿Delante de «Rachel's»?

—Sí... Yo salí muy deprisa, porque se me había hecho un poco tarde...

—¿Qué hora era?

—Algo más de las cuatro. Salí muy deprisa, para retirar mi coche del «parking»... Se me acercaron ellos, los dos. Me dijeron

que tenía que subir a una camioneta que tenían allí mismo, y que si no lo hacía, me iban a matar. Yo... yo no sabía qué hacer, no me lo creía... Uno de ellos me tomó de un brazo, como si fuésemos grandes amigos, sonriendo, y comenzamos a caminar hacia la camioneta...

—¿Qué clase de camioneta? ¿Se fijó en ella?

—Creo que era una «Chrysler» negra... No: azul... Azul oscuro, o algo así. Una camioneta bastante grande, cerrada. De esas que tienen dos puertas atrás, para colocar la carga...

—Sí, sí. ¿Vio la matrícula?

—La matrícula... No. Ni se me ocurrió mirarla. ¡Estaba tan asustada!

—Lo entiendo. Parece que a uno mismo nunca le vayan a ocurrir esas cosas, que parecen privativas de los telefilms.

—Sí... Recuerdo que pensé algo así.

—¿Adónde la llevaron?

—No sé. Bueno, sé que salimos de Los Ángeles. Primero viajamos hacia el interior, pero sé que luego fuimos hacia el Sur, porque pasamos por Pomona. Sí: Jasper y Ed... Así se llamaban, Edgar, me parece. Y Jasper. Conversaban entre ellos. Parecían contentos y... y divertidos.

—¿Mencionaron algún apellido?

—Apellidos... No. No, en ningún momento, estoy segura. Sólo Jasper y Ed, o alguna vez, Edgar. Ibamos por una carretera cuando de pronto se detuvieron. No pasaba nadie por allí. Me dijeron que me apease. Luego, me metieron en la caja de la camioneta, uno de ellos se quedó dentro conmigo, y el otro continuó conduciendo... No mucho rato más. Entonces, la camioneta se detuvo. Enseguida, las puertas de la caja se abrieron, y apareció el otro... Ya era casi de noche. Pude ver un letrero luminoso, pero, enseguida, el otro subió, y cerró las puertas.

—¿Qué decía el letrero luminoso?

—Me parece que era una felicitación por Año Nuevo... Creo que estábamos cerca de una gasolinera, o un sitio así, quizás un parador...

—¿Cómo sabe eso?

—Es una impresión. Oía llegar coches, que se paraban y luego seguían. También vi una cabina telefónica una de las veces que

ellos... salieron de la camioneta...

—¿Salieron varias veces?

—Sí... Varias veces.

—¿Los dos a la vez?

—No, no. Siempre se quedaba uno de ellos vigilándome, o... o continuando con... con... Había... —La voz de Lilliam parecía a punto de romperse—, había una cabina de teléfonos, sí. Y al fondo, aquel letrero luminoso... Sólo pude ver la palabra *Year*.

Quedó silenciosa, y Adam esperó unos segundos antes de preguntar:

—¿Cuántas veces salieron de la camioneta?

—No sé. Tres o cuatro... ¡Cuatro! Dos veces cada uno, sí, eso es.

—¿Y para qué salían?

—Para telefonar. Se habían detenido allí precisamente por eso, para estar cerca de un teléfono. Los dos me... me manoseaban y me... Dios mío, hicieron conmigo cosas que nunca... nunca...

—No es necesario que explique eso, señora Howells.

—No... —Lilliam tragó saliva—. No, claro. Bueno, a ratos eran los dos los que... jugaban conmigo.

—Por favor, señora Howells, cálmese.

—Fue tan repugnante todo... ¡Fue nauseabundo, quiero que los capturen y que... que los maten, que...!

—Le suplico que se calme. Por favor. Si no desea continuar hablando, podemos dejarlo unos minutos.

—Prefiero... terminar de una vez.

—Está bien. ¿Dijeron algo sobre la persona a la que iban telefoneando uno y otro?

La respuesta de Lilliam Howells fue rápida, tajante:

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—Quizá mencionaron algún nombre, o hasta pudo usted deducir, por su conversación, si llamaban a un hombre o a una mujer...

—No. No dijeron nada de eso.

—¿Tampoco dijeron nada del motivo de las llamadas?

—No, tampoco.

Adam Brooks captó perfectamente la reciente actitud fría y

distante de Lilliam Howells. Esperó por si ella se suavizaba o cambiaba su respuesta, pero nada de esto sucedió.

—Bien... ¿Cómo escapó usted de ellos? ¿O la dejaron marcharse?

—No, no. Me escapé.

—Tengo entendido que la encontraron a usted en una carretera secundaria, señora Howells. Eso significa que no escapó usted en el lugar donde hablan estado, es decir, cerca de la cabina telefónica, de la gasolinera o parador...

—No, no. Después de la última llamada, el que la había hecho parecía... excitado, o preocupado. Abrió las puertas, dijo que ya podían ir allá, y cerró...

—¿Allá? ¿Adónde?

—No sé. Sólo dijo «allá». Cerró las puertas, y enseguida noté que la camioneta se ponía en marcha. El que se había quedado conmigo dentro me pidió todavía otra cosa. Yo estaba... Bueno, no sé. Entonces, encontré en el suelo la barra de hierro. La... la cogí, y cuando... cuando él estuvo cerca de mí, empezando a manosearme el pecho, le... le golpeé en la cabeza... ¡Lo maté!

—¿Está segura de eso?

—¡Oh, sí, sí, Dios mío, sí! ¡Lo maté...! Le... le di un golpe tan fuerte... Oí cómo... cómo crujía su cabeza. Hizo... un ruido raro, como... como blando. ¡Lo maté!

—Eso no debe causarle más preocupación que la de su propia conciencia, señora Howells.

—¿Qué quiere decir?

—Que cualquier jurado la absolverá de esa muerte, que no debe preocuparse en ese sentido. ¿Qué hizo después de golpear al sujeto?

—Estuve un tiempo sin saber qué hacer. Quedé como atontada. La camioneta seguía circulando... De pronto, me dije que tenía que escapar, así que fui al fondo de la caja, abrí las puertas... Y de pronto, vi que íbamos más despacio... Tan despacio, que comprendí que íbamos a detenernos. Y antes de que la camioneta estuviese detenida del todo, salté a la carretera. Me caí, pero me incorporé enseguida, y salí de la carretera, porque la camioneta ya casi estaba parada, y temía que el otro bajase de la cabina y me viese... Me metí por el campo. Estaba todo lleno de matorrales. Pero eso no me importaba. Estaba tan asustada, tenía tanto miedo... Cuando pensé

que podía haberle quitado la pistola al hombre para amenazar al otro, ya estaba corriendo, así que no podía hacerlo...

—Eso habría sido una locura. A menos, claro está, que usted no sólo sea una buena tiradora de pistola, sino que tuviese en aquel momento sangre fría y decisión de matar... lo que supongo no ocurría.

—Dios mío, claro que no... ¡Sólo pensaba en escapar!

—Eso sí es natural. ¿La persiguió el otro?

—No lo sé. Lo único que sé es que corrí hasta que no pude más. Entonces, me quedé por allí, tendida en el suelo, descansando. No oía nada, así que me fui tranquilizando. Pero esperé un buen rato antes de decidirme a moverme de allí, para buscar la carretera... Y eso es todo. Bueno, quiero decir que un hombre me recogió en su coche.

—Sí, sí. Toda esa parte está aclarada. Estoy pensando que tenemos bastantes oportunidades de localizar a esos dos hombres; es decir, a uno de ellos, puesto que usted cree haber matado al otro...

—¡Lo maté! ¡Estoy segura!

Adam Brooks casi sonrió.

—Ya veremos, señora Howells. Matar no es tan fácil como a usted le parece. En ocasiones, es cierto, hay accidentes, o golpes, que parecen ocasionar la muerte, pero ya le digo que no es tan fácil morir.

—Usted es muy amable, teniente. Está diciendo eso para... para evitarme... remordimientos.

—Lo digo sinceramente. ¿A cuál de ellos... mató?

—¿A cuál...? ¡No lo sé! No lo sé, de verdad, no lo sé...

—Lo sabe, pero no lo recuerda —dijo Adam, siempre amable—. Por otra parte, de lo que si debe acordarse muy bien es de los rostros de esos dos hombres, supongo.

—Sí... Eso sí.

—Claro está, nunca antes los había visto, no los conocía usted de nada.

—Claro que no. Tengo... otra clase de amistades.

—Por supuesto. Me pregunto si tendría usted inconveniente en ir al Departamento de Policía de Los Ángeles para mirar fotografías de sujetos que están clasificados en esa clase de actividades.

—Otra vez como en los telefilms.

—Es muy vulgar, pero muchas veces resulta eficaz, se lo aseguro.

—Sí, lo entiendo. Pero... ¿cuándo voy allá? Tengo... tengo que estar aquí otro día, ¿no? Y además, tendré que encargarme de... del entierro de Wendell...

Adam asintió, un tanto pensativo.

—Estoy pensando, señora Howells, que quizá vaya yo mismo a Los Ángeles. Si le parece bien, puedo avisar a sus familiares, para que ellos se encarguen de esa parte.

—No... No tenemos familiares, teniente. A nadie Precisamente, Wendell acabó casándose conmigo porque no quería seguir más tiempo viviendo solo.

—Me desconcierta usted, señora... ¿Quiere decir que no había amor entre ustedes, que sólo fue una conveniencia mutua...?

—No, no... ¡Cielos, no es eso! ¡Claro que Wendell y yo nos amábamos! Bueno... —Lilliam tragó saliva y desvió la mirada de los claros ojos de Brooks—. El me amaba a mí más que yo a él. ¡Pero esto no significa que no lo amase! Lo que quiero decir es que ya nos conocíamos bien antes de casarnos. No sé si me entiende.

—Por supuesto que sí. Evidentemente, el señor Howells era un caballero y un hombre sano y normal.

—Sí, en efecto. Bueno, y además, era rico... La verdad es que al principio fue eso lo que me impulsó a aceptar su compañía, pero no tardé en amarlo. Quizá no con la intensidad que él me demostraba entonces, pero...

—¿Entonces? ¿Últimamente no?

—Sí, llegué a amarlo sinceramente. Y lo que empezó casi como una aventura, terminó en boda. No me pareció mal... A todas las chicas nos gustan las alfombras de visón.

—¿Alfombras de visón?

—Quiero decir que él tenía esos detalles, como regalarme unas alfombras de visón. Cuando nos casamos, las llevé a su casa, naturalmente. Son tan hermosas...

—Caramba, supongo que, en efecto, a cualquier chica le gustaría que le regalasen alfombras de visón... —Adam movió la cabeza con gesto admirativo—. Pero deben ser carísimas.

—Depende de quién tenga que comprarlas.

—Claro. Señora Howells, hace unos segundos le he hecho una pregunta que quizá no ha oído usted. Le he preguntado si últimamente su marido no le demostraba la misma intensidad que antes, que tiempo atrás.

—Sí la oí.

—Bien... ¿No quiere contestarla?

—Han encontrado muerto a mi marido en un motel, al cual fue a reunirse con una mujer, teniente... ¿Eso no le dice nada a usted?

—¿Las cosas iban mal últimamente entre ustedes?

—¿Mal? No... Yo no diría eso, desde luego.

—Digamos entonces, que no iban tan bien como cuando no estaban casados, ni como en los primeros tiempos de matrimonio... ¿Está mejor expresado así?

—Si... Sí. Yo... Sí, eso es.

—Señora Howells, tanto ahora mismo como hace unos minutos, usted ha estado a punto de decirme algo, pero se está resistiendo. Me he dado perfecta cuenta de ello, de que me está... escamoteando parte de su declaración. ¿No cree que sería mejor sincerarse conmigo de un modo total?

Lilliam Howells desvió de nuevo la mirada.

—No tengo nada más que decir —murmuró.

CAPÍTULO IV

—¿Y qué crees que ha podido ocultarte? —preguntó el capitán de la Sección de Homicidios, Elliot Fraser.

—No lo sé, Elliot —movió la cabeza Adam—. Pero sé que me ha ocultado algo. Yo no veo fantasmas.

—Hombre, eso ya lo sabemos —masculló Fraser—. ¡Qué tonterías se te ocurren!

—Las tonterías suelen ocurrírsele a los tontos —intervino Berenice Marsh, sonriendo.

Los dos la miraron, sentada en uno de los sillones del despacho de Fraser.

—¿Y usted qué hace aquí, sargento Marsh? —Gruñó Fraser—. ¿No es hoy su día libre?

—No puedo pasar sin usted, señor.

—Bueno, Adam, veamos... ¿Qué te parece a ti que ella puede estar ocultando?

—Ella se estaba preguntando los motivos por los que podían haberles hecho todo esto a ella y su marido. De pronto, dijo: *aunque... pero no... no*.

Fraser tomó un block, y anotó esas palabras cuidadosamente. Volvió a mirar a Adam.

—¿No les encuentras sentido alguno?

—Por ahora no.

—De acuerdo. Las ponemos en estudio. ¿Qué más?

—Bueno, tengo el presentimiento de que ella me mintió respecto a las conversaciones que sostenían entre ellos Edgar y Jasper: creo que ellos sí llegaron a decir algo que resultaba revelador. Pero no soy adivino: apúntalo y en paz.

—*Algo revelador en las conversaciones entre Edgar y Jasper...*

—anotó Fraser—. Otra cosa: le pregunté si últimamente su marido no la amaba con la misma intensidad de antes. Ella eludió la

respuesta. Cuando insistí, me dijo: *han encontrado muerto a mi marido en un motel, al cual fue a reunirse con una mujer, teniente... ¿Eso no le dice a usted nada?* Cito textualmente sus palabras, si la memoria no me falla.

Fraser terminó de anotar la frase, y preguntó:

—¿Esa respuesta con repregunta no te satisface a ti, Adam?

—Pienso que podría haberme dado una respuesta más concreta, simplemente. Y además, luego admitió que las cosas no iban tan bien como antes, entre ellos. No quiso admitir que iban mal. Sólo aceptó que *no iban tan bien como antes*.

—*No iban tan bien como antes... ¿Qué te sugiere eso?*

—Pues yo diría que, realmente, una vez repuesta de la sorpresa y el sobresalto que le produjo la noticia de la muerte de su marido, no pareció encontrar extraordinario que él hubiese ido a un motel.

—Lo que, según tú, ¿significa...?

—Se me ocurre que, cuando menos, ella ya sospechaba que últimamente su marido no era... estrictamente fiel.

—Ya. ¿Y qué me dices de ella?

—De ella... ¿De la señora Howells? —Se pasmó Adam.

—¿Ve, señor? —intervino de nuevo Berenice—. ¡Otra pequeña tontería de nuestro genio!

—Bueno —la miró Adam mosqueado—, la verdad es que me ha sorprendido la pregunta. ¿La señora Howells? Dudo mucho que ella cometiese tonterías por asuntos del sexo. O sea, algún asuntillo con algún muchacho que pudiera gustarle ocasionalmente, quizá sí. Pero dedicarse a una vida sexualmente caprichosa y buscona, no. No, no, no es de ésas.

—De acuerdo. Bueno, tenemos una bala de «Colt» 38, un muerto, su esposa violada... y una rubia llamada Mary Smith. ¿Quieres saber algo de huellas?

—¿Dactilares y todo eso? —Adam encogió los hombros—. ¿Acaso encontraron algo digno de interés en la cabaña del motel?

—No. En el coche de Wendell Howells han sido halladas las tuyas, naturalmente, y algunas otras muy difíciles de trabajar, que, por otra parte, corresponderán a cualquier persona que haya tocado el coche casualmente.

—Y la rubia llevaba guantes... —murmuró Adam.

Fraser frunció el ceño.

—Eso implicaría una decisión de hacer allí, en el «Barbanegra», algo punible, ¿no es cierto? Escribió un nombre falso utilizando la mano izquierda, llevaba guantes, lentes de sol... y un revólver.

—Ese punto está por aclarar —saltó Adam—. Quizá el revólver lo llevase Howells.

—¿Para qué? ¿Para matarla a ella?

—¿Por qué no? A fin de cuentas, él también llegó ocultando su personalidad. Demonios, Elliot, llevaba una barba postiza, ¿no?

Fraser soltó otro de sus gruñidos, desde luego diferente de los anteriores.

—Lo razonable, hasta el momento, es que fuese ella quien llevase el revólver. Pero, si tú vas a casa de Wendell Howells, y no encuentras su revólver donde su mujer te ha dicho que está, podremos pensar que el revólver lo llevó él a la cabaña. Y entonces, Adam, todavía lo vas a tener más complicado todo. Porque si el revólver lo llevó la rubia, todo tiene lógica: lo llevó para matar a Howells, lo hizo, y escapó. Pero si lo llevó él... ¿para qué lo llevó?

—Yo, de usted, señor —intervino otra vez Berenice—, anotaría esa pregunta.

—Pues no es ninguna mala idea... —Gruñó Fraser—. Desde luego que la voy a anotar.

Y procedió a ello. Adam Brooks aplastó su cigarrillo en el rebosante cenicero de Fraser, miró su reloj y dijo:

—Yo me voy a Los Ángeles. Mientras tanto, que busquen esa camioneta «Chrysler», la gasolinera en la que hay el cartelito luminoso de «Feliz Año Nuevo», y, sobre todo, al taxista que llevó a la rubia al «Barbanegra». ¿De acuerdo?

—Okay. ¿Te llevas a Ambler?

—No. He dejado otro hombre ante la puerta de la habitación de la señora Howells.

—¿No te parece que estás exagerando? —preguntó Berenice—. ¿De verdad crees que el superviviente de esos dos sujetos va a ir a matarla? En primer lugar, no debe tener ni idea del lugar al que fue llevada la señora Howells. En segundo lugar, con un amigote muerto, y con la Policía buscándole a él y a esa camioneta, ya tiene bastantes preocupaciones.

—Sí —admitió Adam—. Pero nadie pierde nada por el hecho de que la señora Howells esté protegida. Bien, Elliot, te llamaré desde

Los Ángeles si hay algo que valga la pena. Si no, simplemente iré y volveré.

Minutos más tarde, Adam y Berenice tomaban la salida de Santa Ana por la autopista hacia Los Ángeles.

La casa de los Howells estaba en Wilshire Boulevard, entre Beverly Hills y Santa Mónica. No era, en modo alguno, una de las mansiones como las que podían verse en Beverly Hills, pero, ciertamente, se comprendía enseguida que Wendell Howells había sido de las personas que sí podían comprar alfombras de visón. Para entrar en el espacioso jardín, Adam y Berenice tuvieron que esperar a que un jardinero acudiese a abrir las verjas, altas y artísticas, de hierro forjado.

Adam explicó al hombre lo sucedido, aunque suavizando los términos en cuanto a la señora Howells, la cual, «había tenido un accidente».

Ya en la casa (doce habitaciones, por lo menos, y posiblemente seis cuartos de baño, también por lo menos), Adam Brooks explicó lo mismo al mayordomo, un tipo serio, de edad madura, que quedó muy afectado por la noticia de la muerte de su patrón. El teniente explicó que tenía permiso verbal y directo de la señora Howells para echar un vistazo al despacho del señor Howells.

El revólver «Colt» 38 no estaba allí, en el primero o el segundo cajón de la mesa. Ni en parte alguna del despacho. Y si ahora no estaba allí, era, simplemente, porque Howells se lo había llevado.

—O sea —murmuró Berenice—, que te lo han complicado todavía más, ¿no es cierto? Pero, Adam, hay una cosa cierta: si el señor Howells se llevó su revólver era porque iba a necesitarlo. ¿Estás de acuerdo?

—Debo estarlo, porque no puede ser más lógico. Pregunta: ¿contra quién pensaba utilizarlo?

—Contra la rubia señorita Smith, evidentemente.

—Ah... ¿De modo que tienes una teoría?

—Me parece que sí.

Adam Brooks miró al mayordomo, quien, a su vez, desde la puerta del despacho, iba mirando de uno a otra, y escuchando con gran interés.

—¿Sería tan amable de traerle un vaso de agua a la señorita? —pidió Adam.

—Oh, sí, señor, con mucho gusto.

—Gracias... —Brooks esperó a que el mayordomo hubiera salido, y miró amablemente a Berenice—. ¿Cuál es esa teoría?

—Vamos a ver... Secuestran a Lilliam Howells, avisan al marido, y le exigen que se presente *discretamente* en el «Barbanegra Motel» y que pregunte por la señorita Mary Smith, con la que entrará en negociaciones. El señor Howells se procura una barba postiza, para no ser reconocido, y acude a la cita. Mientras tanto, los sujetos

A y B,

que yo estoy convencida de que eran Jasper y Edgar, van llamando a Mary Smith al motel, y le van preguntando si todavía no ha llegado Howells, o si todavía no han llegado a un acuerdo, o algo así. Pero resulta que Howells se presenta en plan bélico, armado con su «Colt» 38, y la cosa se complica cuando él amenaza a la rubia, o quizá la agrede. Hay una pelea, ella consigue el revólver y lo mata. Luego, escapa, naturalmente, pues no sería lógico que le gustase ser hallada allí con un cadáver. Después de esto, Edgar o Jasper llaman otra vez al motel, pero comprenden que algo ha sucedido, cuelgan, y parten con la camioneta para ir «allá», es decir, posiblemente a un punto de reunión de emergencia con la rubia. Es entonces cuando la señora Howells puede escapar. ¿Qué te parece?

—Magnífico.

—Vaya... ¿De veras?

—Claro, mujer. Pero desde luego, si como estamos empezando a suponer, el señor Howells había dejado de sentir con la debida intensidad amor hacia su esposa, no creo que hubiese aceptado trato alguno. Más bien habría pensado que si alguien estaba dispuesto a matar a su esposa si él no pagaba, pues... que la matasen.

—Ah... Bueno, sí, pero...

—Por otro lado, Mary Smith se arriesgaba demasiado citando a Howells en el motel, y total para no conseguir el dinero.

—¿Cómo que no? ¡Howells podía haber llevado...!

—A la hora en que debieron avisar a Howells, los bancos están cerrados. Supongamos que le hubieran pedido quinientos mil dólares. ¿De dónde iba a sacar él medio millón en efectivo después de las cinco de la tarde?

—Bueno... pudieron avisarlo antes...

—No. Secuestraron a la señora Howells a las cuatro y cuarto o cuatro y veinte. Dales un margen de tiempo para ponerse a salvo, que es lo que hicieron, según la declaración de la señora Howells. Ya era más tarde de las cinco cuando Edgar y Jasper comenzaron a llamar por teléfono desde la cabina que hay frente a una gasolinera.

—Pero quizás alguien se lo prestó...

—No. El conserje del «Barbanegra» no mencionó para nada que Howells llevase un portafolios cuando se dirigió hacia la cabaña donde le esperaba Mary Smith. Ésta escapó sin acercarse para nada al coche; por lo tanto, el dinero tendríamos que haberlo encontrado allí.

—Bien, pero quizá la rubia creía... ¡Oh, eres un antipático! ¡Me has destrozado toda la teoría!

—Toda no, mujer. Hay en ella cosas aprovechables. Lo que no acepto es que Howells fuese a negociar el rescate de su esposa. No era dinero lo que esperaban Jasper, Edgar y Mary Smith.

—Entonces, ¿qué esperaban?

—No lo sé. Pero, desde luego, todo dependía de la llegada de Howells al motel. Y por supuesto, la cita no era de amor.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Vamos a imaginarnos la clase de vida que podía llevar una persona de la fortuna económica de Howells... Sólo tienes que ver esta casa, su coche, su bella esposa más joven que él, alfombras de visón...

—¡No las hemos visto!

—Deben estar en el dormitorio. Luego echaremos un vistazo. Pero, déjame seguir, preguntándote: ¿crees que un hombre de las posibilidades de Wendel Howells recurriría a un motel barato para sus líos sexuales, a los que acudiría con una barba postiza, preguntando a un conserje por tal o cual señorita?

—¿No?

—Vamos. Berenice... El señor Howells tenía dinero y clase suficiente para comprar un apartamento o un chalé en la playa, y matarse vivo a orgías... con toda discreción, sin que nadie le viese con barbas postizas, ni tonterías de ésas.

—Sí, es verdad... ¿Qué estás tratando de decirme?

—Laguna Beach, y todavía más el «Barbanegra Motel», están hacia el Sur de Los Ángeles. El lugar donde llevaron a la señora

Howells está también hacia el Sur, puesto que ella misma me dijo que pasaron por Pomona. Digamos, que el motel y el lugar donde estaba la camioneta no están demasiado alejados uno del otro. Pensando en todo esto, y en que la cita no era de amor... ¿qué se te ocurre que podían tener que decirse Howells y la rubia Mary Smith... la cual recibía llamadas de Jasper y Edgar?

—¿Crees que Howells... sabía lo que estaba ocurriendo con su esposa, y que acudió al motel para que la rubia le dijera cómo estaban las cosas...?

—Creo que el señor Howells tenía que tomar una decisión, y que debía decírsela a la rubia, la cual a su vez la comunicaría a Jasper y Edgar, de modo que cuando una de las veces uno de ellos preguntase: «¿todavía no?», ella pudiese decir «ya sí».

—Pero ¿qué cosa... qué decisión tenía que tomar el señor Howells?

—No puedo estar seguro de eso, querida.

—Pero... pe pero... ¡Tú crees que él debía decidir si mataban o no a su esposa! ¡Edgar, Jasper y Mary Smith sabían esto, y por eso, Edgar y Jasper, convencidos de que finalmente les ordenarían matar a Lilliam Howells, antes se dedicaron a divertirse con ella!

—Amada Berenice: eso lo has dicho tú, no yo. Yo he dicho que no puedo estar seguro, recuerda.

—Pero... ¡tiene que ser eso! ¡Dios...! Un momento. Pero si las cosas eran así, ¿para qué quería Howells su revólver? ¡Espera, no me lo digas!

—Pues no te —lo digo —sonrió Brooks.

—¡El señor Howells y la rubia, cuando Jasper y Edgar ya hubiesen matado a la señora Howells... habrían matado a los asesinos secuestradores! En otro lugar, claro. ¡Y el señor Howells quedaría viudo, los dos asesinos muertos...!

—Estás hablando demasiado. Seguro que te ha entrado sed.

—¡No tengo sed!

—Pues lo siento por ti —señaló Adam hacia la puerta.

El mayordomo apareció con una bandeja en la que portaba el vaso de agua pedida. La colocó delante de Berenice, que le sonrió un tanto enfurruñada, bebió un sorbo de agua, y dejó el vaso.

—Queríamos ver ahora el dormitorio del señor y la señora Howells... —deslizó melosamente Berenice—. ¿O quizá dormían en

habitaciones diferentes?

—No, no. Dormían en la misma habitación. Les acompañaré con mucho gusto, puesto que entiendo que la señora no ha tenido inconveniente en que entren en la casa.

El dormitorio de los Howells era realmente magnífico, con un amplio ventanal que cerraba una terraza sobre el jardín. Todo era de la mejor calidad y buen gusto allí..., empezando por las alfombras de visón. Había dos pequeñas, una a cada lado de la cama, y otra bastante más grande delante de la chimenea. Berenice ignoró la reprobativa mirada del mayordomo cuando se sentó en la alfombra grande y pasó las manos por la suave pelambre.

—¡Qué delicadeza...! ¿Cuánto debe valer una alfombra así, Adam?

—Temo que no lo sabré nunca. Se está haciendo tarde, Berenice. Creo que deberíamos ir a comer un bocado por ahí y luego acercarnos a Sunset Boulevard.

—Sí, es verdad. Bueno... ¡al menos he estado sentada en una alfombra de visón!

Ya a punto de salir de la casa, Adam se volvió hacia el mayordomo.

—Bien, ha sido usted muy amable, señor Frost. Adiós.

—Adiós.

Poco después, Adam y Berenice salían del recinto enverjado, conduciendo ahora Berenice, pues Adam parecía dispuesto a meditar sin la dificultad de atender el tránsito.

CAPÍTULO V

—¿Te gusta? —preguntó Berenice.

Adam Brooks se quedó mirando el pequeño y elegante frasco de cristal que ella, apenas regresar al coche, le había puesto en una mano.

—¿Qué es?

—Estoy segura de que lo sabes perfectamente: laca para las uñas. Se llama «Sinfonía». ¿No te parece un color delicioso?

—Es muy bonito.

—Veinticinco dólares.

—¿Te has gastado veinticinco dólares en esto?

—Lo vi, me gustó y me lo quedé.

—Berenice.

—Dime, amor.

—Me gustaría que durante unos minutos fueses solamente un policía cuya ayuda, aunque de mala gana, he aceptado.

—¿De mala gana?

—Pregunta: ¿has realizado esa investigación, o sólo has comprado una botellita de «Sinfonía»?

—La vieron subir a la camioneta.

—Ah, la vieron...

—Una de las empleadas acudió a abrirle la puerta a la señora Howells cuando ésta se marchaba y se quedó mirándola. Lilliam Howells tiene muy buena prensa en

«Rachel's»:

elegante, discreta, amable con todo el mundo... incluso simpática. Bueno, una de las empleadas le abrió la puerta, y se quedó mirándola, digamos... con lógica envidia. A fin de cuentas, la señora Howells tiene lo que esa pobre chica no tendrá seguramente nunca, de modo que... Oh, sí, cambia de cara: dos hombres la estaban esperando, hablaron con ella, y uno la tomó del brazo, y

fueron los tres hacia la camioneta. Uno de los hombres subió por un lado, y la señora Howells y el otro, por el otro lado. Se fueron. La chica de

«Rachel's»

quedó en verdad sorprendida de que Lilliam Howells subiese a una camioneta, pero no vio ninguna otra cosa anormal...

—Buen trabajo —aprobó Adam—. ¿Algo más?

—No. Salvo que Lilliam Howells fue dos veces a orinar.

Adam Brooks soltó un reniego por lo bajo.

—Sé perfectamente que cuando te tomas las cosas en serio eres eficaz —masculló—: no hace falta que me lo recuerdes. Pregunta: ¿qué pudo provocar, en este caso, una discusión o pelea entre Mary Smith y Wendell Howells?

—¿La cuantía del rescate? —sugirió Berenice.

Adam dirigió una torva mirada de soslayo a Berenice.

—Eso se podía haber decidido por teléfono.

—Crees que tienes respuesta para todo, ¿verdad?

—Ojalá. Digamos que me las voy arreglando.

—¿Eso crees? Pues voy a vengarme de tu insolente inteligencia investigadora, teniente Adam Brooks. Según tu última teoría, podría ser que todo hubiera sido un plan del señor Howells para asesinar a su esposa, ¿no es así? Es decir, él se pone de acuerdo con Mary Smith, ella contrata a Jasper y Edgar, éstos secuestran a la señora Howells, y se dedican a violarla y a vejlarla... de modo variado mientras esperan la orden de matarla. Orden que debía proporcionarles Mary después de que ésta hubiese hablado con Wendell Howells en la cabaña del motel... ¿Es eso?

—Es una teoría que...

—¿Qué me dices de la coartada de Wendell Howells?

—¿La qué?

—¡Adam! Tú eres el genio, pero yo no soy tonta... Si el señor Howells preparó todo eso, tuvo que procurarse una buena coartada, ¿no te parece? Ya sé que nadie tendría que relacionarlo con dos sujetos como Jasper y Edgar, pero, además, él debió preocuparse, y mucho y muy bien, de tener una coartada perfecta, es decir, que desde que secuestraron a su esposa hasta que la hubieran matado, él debía haber estado con mucha gente, o en un lugar público...

—Y en cambio —murmuró Brooks—, presentándose disfrazado

de barbudo en el motel perdía toda coartada: no podía estar en dos sitios a la vez, nadie recordaría haber estado con él en las horas críticas...

—¡Exactamente! ¿Qué me dices ahora?

—La rubia, sí.

—¿Qué?

—La rubia podría haber sido la coartada de Howells.

—¿Te has vuelto loco? ¡La rubia *lo asesinó*!

—Pero eso no estaba previsto. Lo previsto era que todo funcionase como habían planeado, y después de, posiblemente, matar a Edgar y Jasper, marcharse los dos juntos a determinado lugar, donde, si más adelante hubiera sido necesario, habrían dicho que habían estado juntos toda la tarde Howells y la rubia. En cuanto al hecho de haber encontrado muertos a Edgar y Jasper tras haber matado éstos a Lilliam, se podría atribuir a la presencia de un tercer hombre, que al ver muerta a la señora Howells, vio las cosas muy malparadas y se deshizo a su vez de sus amigos Edgar y Jasper.

—¿Con el revólver de Wendell Howells?

—Eso nunca podría ser probado si se hacía desaparecer para siempre el arma que, como el tercer hombre, el asesino de Jasper y Edgar, jamás sería encontrado, naturalmente. En cuanto al señor Howells, sólo tendría que haberse comprado otro «Colt» 38 y decir que siempre había tenido *ese revólver*, y no otro. Y como tanto el suyo inicial, como el que compraría después, posiblemente discretísimamente, habrían sido comprados clandestinamente, nadie podría probar nada.

Berenice Marsh aspiró profundamente, fija la mirada en el perfil de Adam Brooks.

Por fin, exclamó:

—Adam... ¡te odio!

—Tengo que pedirte un favor...

—¡No!

—Es algo que tú puedes hacer mucho mejor que yo...

—¡Bueno...! —bufó la linda Berenice—. ¡Ahora vas a pedirme que prepare la cena en mi apartamento!

—No. Yo ya sé preparar una cena.

—Adam.

—¿Sí?

—¡Eres... eres... repugnante!

CAPÍTULO VI

—¿Dónde está Berenice? —preguntó Fraser.

—Haciéndome un pequeño favor. El revólver no estaba allí, Elliot. También comprobamos lo de la salida del salón de belleza: todo concuerda. Incluso hemos visto las alfombras de visón.

—Muy interesante. Debiste llamar, Adam.

—Bueno, como he ido en mi coche no tenía radio, así que... ¡No me digas que hemos encontrado al taxista!

—No, no. Por esa parte, nada, de momento. Pero hemos encontrado la camioneta. Era robada, ayer mismo, en Los Ángeles.

—¡Bien! Un momento: ¿cómo podemos saber tan pronto que es la misma camioneta que...?

—Estamos totalmente seguros de ello.

Brooks ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿A qué viene esa seguridad y ese tono especial de tu voz?

—Tu niño mimado Henry Ambler, que ya ha dormido lo suficiente, te está esperando en uno de nuestros coches, para llevarte al lugar.

Estaban muertos los dos.

Uno de ellos tenía un balazo en el corazón y dos feos, espeluznantes impactos ya secos en la garganta, casi juntos. El otro tenía un solo balazo, en el ojo derecho, que se lo había reventado y que, por supuesto, había sido suficiente: la bala había atravesado el cerebro y había salido por la coronilla, convirtiendo la cabeza en una fea brocha.

El sargento Lawrie tendió dos billeteras a Brooks, que las tomó sin precaución alguna. Si el asesino de los dos hombres las había dejado allí era porque no las había tocado; y si las había tocado para retirar algo de ellas, habría borrado luego las huellas.

—Edward Greely y Jasper Bellow —dijo el sargento.

—Edward, no; Edgar.

—Edward.

Adam miró las documentaciones. Edward, no Edgar. Bueno, no tenía nada de extraordinario que Lilliam Howells hubiera entendido mal los nombres: Edgar y Edward suenan bastante parecidos. Pero éste era un detalle sin importancia, a fin de cuentas.

—Podemos ir nosotros a Los Ángeles, para ir a echar un vistazo a los domicilios de estos dos, o bien pedir que nos hagan ese trabajo nuestros compañeros de allá —dijo Lawrie—. ¿Qué decides?

—No sé. Ya veremos. Déjame que me centre un poco, ¿quieres?

—Bueno.

Adam se alejó unos pasos de los dos cadáveres, y miró hacia la camioneta, que estaba fuera de la carretera, pero visible desde ésta.

La mirada de Brooks descendió hacia la tierra. Había muchas huellas de pies, casi todos ellos masculinos. Algunas de estas huellas habían ocultado otras, pero no todas, de modo que se podía ver claramente las huellas de zapatos de mujer. Zapatos inconfundibles, de tacón alto. Se habían obtenido ya todas las fotografías pertinentes, y se estaba a la espera de, precisamente, obtener moldes de las huellas dejadas por los zapatos de mujer. La idea consistía en compararlas con las que se habían conseguido la noche anterior frente a la cabaña once del «Barbanegra Motel», correspondientes a la señorita Mary Smith, Adam no pensaba oponerse al trabajo de sus compañeros del Departamento Técnico, pero, en lo personal, consideraba que era perder el tiempo. Sabía que las huellas, si podían ser comparadas con suficiente grado de fiabilidad, coincidirían.

En aquel momento, la mente de Brooks estaba en su apogeo de lucidez. Era como si lo estuviese viendo en una película... La rubia mata a Howells, y escapa. Desde la cabina telefónica donde habían estado llamando,

A y B

vuelven a llamar. Ya son las siete y cinco, y él está con el conserje. El comunicante, ya fuese Edward o Jasper, comprende que algo ha salido de modo diferente a lo previsto, corre a la camioneta y dice que tienen que ir «allá». «Allá» es, por supuesto, el lugar donde ellos y la rubia habían convenido encontrarse si ocurría alguna emergencia, algún imprevisto, cualquier dificultad, y, en todo caso,

el lugar donde tenían que ir después de matar a la señora Howells. En este lugar era donde, posiblemente, Wendell Howells y la rubia habían pensado asesinar a su vez a Edward y Jasper. Pero la rubia (¿por qué ha matado la rubia a Howells?) llega sola, y ellos la recogen con la camioneta. Le dicen que la señora Howells ha escapado. Entonces, la rubia les dice que la lleven allá, que tienen que ir, a ver si todavía pueden encontrarla escondida entre los arbustos, asustada... Pero, naturalmente, no son éstos los propósitos de Mary Smith, que tiene que comprender que Lilliam Howells ya no será encontrada... Sin embargo, insiste. Les dice a los dos que metan la camioneta entre los árboles y arbustos, para dejarla allí y no llamar la atención, mientras los tres buscan a Lilliam Howells. Pero cuando ellos, confiados, están fuera de la camioneta, y quedan a tiro, Mary Smith saca el revólver de Wendell Howells, seguro que Balística informaría que las balas que encontrarían en el cuerpo de Jasper y Edward habían salido del mismo revólver que se utilizó para matar a Howells, es decir, del revólver de éste mismo, y, rápidamente, mata a los dos hombres. Hecho esto, la señorita Smith se da a la fuga. Ha matado a un hombre en un motel, y a dos en el campo, junto a una carretera secundaria. Tiene que huir. Las muertes de Edward y Jasper tienen fundamento. Pero la de Howells... ¿por qué?

En la lúcida mente del veterano policía, surge la respuesta que considera más que aceptable. ¿Por qué? Pues, porque a última hora, asustado, Wendell Howells se echa atrás, no quiere que su mujer sea asesinada. Lo ha meditado bien, y aunque quizá, en efecto, ya no la ama, tiene miedo, o remordimiento, o cautela... Mary Smith, que sabe lo que sus amigos han estado haciendo durante un par de horas con Lilliam Howells, se encuentra en una situación desagradable. Por un lado, aun siendo posiblemente la nueva amiga de Howells y haber impulsado a éste a querer deshacerse de su esposa, teme que Howells se moleste mucho, muchísimo por lo que han hecho con su mujer. Por otro lado, quizá ve escapar la posibilidad de hacerse con un amigo o un marido rico. Esto acaba por enfurecerla.

Adam se estremeció.

¿Qué clase de persona era Mary Smith, qué clase de... ser humano?

En menos de una hora había matado a tres personas.

—Aunque puedo estar equivocándome —casi murmuró en voz alta Brooks—. ¿Por qué matarla, a la señora Howells? Si el marido quería deshacerse de ella, todo lo que tenía que hacer era divorciarse. ¿Por qué matarla?

A esto ya no encontró respuesta.

Se acercó de nuevo a los dos cadáveres, y se quedó mirando la clara señal de un fuerte golpe en la frente de uno de ellos. El porrazo que le había propinado Lilliam Howells, naturalmente. Sí, todo encajaba, menos la última pregunta: ¿por qué matarla en lugar de, simplemente, divorciarse de ella, de Lilliam?

Se dio cuenta de que Lawrie lo estaba mirando fijamente, y comprendió su actitud.

—¿Algo más, Lawrie? —inquirió.

—Sí. También hemos encontrado la gasolinera. Bueno, de eso ya no estamos tan seguros, pero creemos que puede ser ésa.

—¿Dónde está?

—A unos siete u ocho kilómetros.

—Pero... ¿cómo la habéis encontrado tan pronto después de encontrar la camioneta?

—Estuvimos charlando con algunos motoristas de Caminos, y cuando mencionamos lo del «Feliz Año Nuevo» dijeron que no hay por estos alrededores ninguna gasolinera que tenga un anuncio así. Pero...

—¿Pero...?

—Bueno, hay una gasolinera que anuncia los «Goodyear», esa marca de neumáticos. Se me ha ocurrido que la señora Howells pudo ver solamente la palabra «Year», y pensó en lo del anuncio luminoso felicitando el nuevo año. Quizá sea una tontería...

—Yo creo que no. ¿Habéis examinado el interior de la camioneta?

—A simple vista, sí.

—¿Habéis encontrado una barra de hierro o algo así?

—Una palanqueta de abrir cajas. También hemos encontrado un abrigo de mujer, pedazos de ropa de un vestido... y unas braguitas destrozadas. Y me apuesto éste. —Lawrie alzó el brazo derecho— a que nuestros compañeros encontrarán restos de semen y otros detalles significativos por el suelo.

Adam asintió con la cabeza.

—Sigue con esto, por favor. Te encargas de todo, ¿eh?

—Seguro.

Brooks se tocó la sien derecha con dos dedos, y salió a la carretera. Adam pidió a uno de los motoristas que lo guiase a la gasolinera en cuestión, y el hombre sonrió.

—Cuando usted quiera, despegamos, teniente.

El empleado de la gasolinera movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, teniente, no puedo ayudarle. Yo tengo el turno de día, así que a las cinco de la tarde, me largo. No vi esa camioneta. Si estuvo por aquí, fue después de irme yo.

Brooks alzó las cejas, sorprendido. No sólo era ya de noche, sino que en su reloj eran las seis y media.

—Si usted se va de aquí a las cinco, ¿qué hace todavía trabajando? Son más de las seis y media.

—Los amigos están para las ocasiones, ¿no? Conrad tenía un compromiso esta tarde, tenía que ir con su mujer no sé adónde y no podría cenar hasta las seis y pico... No creo que llegue más tarde de las siete y media. ¡Si me hace eso, lo mato! Estoy hasta aquí de escupir gasolina...

—¿Conrad es quien estuvo aquí de servicio anoche?

—Seguro. Conrad Maurer. Un buen muchacho.

—Eso está bien —aprobó Brooks—. Gracias.

Señaló hacia el parador, más bien una pequeña cafetería, sita a poca distancia del surtidor. El cual, en efecto, anunciaba con luminosos los neumáticos «Goodyear».

—¿Adónde vamos? —preguntó el guapo Henry.

—A cenar cualquier cosa. Espero que tengan bocadillos de pollo.

—Detesto el pollo —refunfuñó Ambler.

—Pues pide otra cosa.

Faltaban cinco o seis minutos para las siete y media, y estaban tomando café y fumando tranquilamente, cuando vieron llegar al hombre de la motocicleta, provisto de voluminoso casco. Por la agilidad con que saltó de la máquina, comprendieron en el acto que era joven... Lo estuvieron mirando en silencio, presenciando todo el sen cilio proceso, que empezó con el saludo que el recién llegado hizo al hombre que estaba en el surtidor, y terminó con una breve conversación y con indicaciones del hombre hacia la cafetería. Otra

breve conversación, y el recién llegado se dirigió hacia la cafetería.

—Buen muchacho, en efecto —comentó Brooks.

A los pocos segundos, y ya sin casco, el motorista entraba en la cafetería. Mirando en torno, vio a Henry y a Adam, y captó la seña que le hacía éste.

—Hola —se acercó—. Soy Conrad Maurer.

—Detective Ambler... —presentó Adam—. Teniente Brooks. ¿Un café?

—Se lo agradezco, pero Tom está que trina. ¿Le importa que hablemos mientras me cambio?

—Claro que no.

Salieron los tres de la cafetería, y fueron al pequeño cuarto donde Conrad Maurer se cambió.

—Sí, señor, estuve viendo esa camioneta un buen rato.

—¿Cuánto rato?

—Pues, no sé... Una hora, quizá hora y media.

—¿Vio a los dos hombres que acudían a la cabina telefónica?

—Sí, sí. Me llamaron la atención.

—¿Por qué?

—Bueno, yo no veía a nadie en la cabina, de la camioneta, y en cambio, de cuando en cuando, uno de esos tipos venía de allí. Parecía que no hubiese nadie en la camioneta, y de pronto, ¡zas!, un tipo aparecía.

—Estaban en la caja, en la zona de carga... ocupados —murmuró Brooks—. ¿Vio si hablaban con alguien por aquí?

—No.

—¿Hicieron algo más, aparte de telefonar? Quizás ir a tomar un trago, o ir a los lavabos... Cualquier cosa.

—No, no les vi que hicieran nada, salvo telefonar. Luego desaparecían. Ya tengo el primer cliente del día... quiero decir, de la noche.

Maurer atendió al cliente. Y Adam volvió a la carga.

—¿A qué distancia de aquí estaba la camioneta?

—No sé calcular la distancia. Pero puedo decirle casi exactamente dónde estuvo parada. ¿Le interesa?

—Desde luego.

Echaron a andar los tres hacia allí. Maurer se detuvo en determinado punto, se volvió, retrocedió un par de pasos...

—Más o menos, estuvo aquí. No digo que sea exacto, claro.

—Es suficiente —aceptó Adam.

Se quedó mirando hacia el surtidor de gasolina. La cabina de teléfonos estaba a la izquierda. Y casi tocando la cabina visto desde aquella perspectiva, vio el luminoso de «Goodyear», en su totalidad. Pero, claro, él no estaba dentro de una camioneta...

—Más tarde traerán la camioneta, para que usted le eche un vistazo —dijo—. Aunque parece que todo está claro, no quiero que haya dudas. Me gustaría que usted dijera si puede o no ser la misma que estuvo aquí anoche.

—Soy un lince para esas cosas —sonrió Maurer—, pero está bien, que traigan la camioneta. Era una «Chrysler», estoy segurísimo.

—Gracias por todo, señor Maurer.

—¿No necesitan gasolina? —rió el muchacho.

Brooks miró sonriente a Henry, que también sonrió, y movió negativamente la cabeza. Un minuto más tarde, emprendían el regreso al lugar donde había sido hallada la camioneta. El lugar estaba ahora iluminado por varios focos, y había llegado un coche del Depósito y más personal del Departamento Técnico, con el material adecuado para obtener huellas y moldes.

—¡Lawrie! —llamó Adam—. ¿Me necesitáis para algo?

—¡Por el momento, no! —Llegó la voz de Lawrie.

—¡Estoy con Fraser!

—¡Vale!

De nuevo al coche.

—¿No sería mejor quedarnos? —preguntó el sorprendido Ambler—. Aquí hay muchas cosas que hacer, y en cambio, en el despacho del capitán no creo que podamos hacer nada.

—Es que me está esperando la sargento Marsh. Es decir, espero que ya esté allí.

—Ah... Sí, claro.

Berenice Marsh, en efecto, estaba en el despacho del capitán Fraser, conversando con éste, cuando Ambler y Brooks aparecieron. ¡Vaya si estaba buena la sargento Marsh!, pensó Ambler.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Adam, sentándose en uno de los sillones.

—Naturalmente.

—Naturalmente —aprobó Brooks—. Muy bien: ¿qué té ha explicado al respecto?

—Me parece —murmuró Berenice— que tenemos las respuestas a todas las preguntas que anotó el capitán.

—Eso sería magnífico.

—En primer lugar, Wendell Howells había hablado de divorcio con Lilliam. No claramente, sino de una manera... inconcreta. Lilliam llegó a pensar que él la estaba sondeando sobre la posibilidad de divorciarse, pero como no tenía la menor intención de hacerlo, se hizo la loca, eludió respuestas. En determinado momento, su marido presionó un poco más, y ella, como para desanimarlo pero sin darle a entender que comprendía su intención de sonsacarla, le dijo algo así como de todos modos, querido, ese amigo tuyo que quiere divorciarse debería pensarlo muy bien; si yo fuese su mujer, creo que no le concedería el divorcio fácilmente... ¡Le costaría muy caro librarse de mí!

—¿Howells hablaba de divorcio como si se tratase de un amigo suyo que quería separarse de su esposa?

—Sí. Pero ella captó su intención.

—¿Y no dio facilidades?

—Ninguna. Ya que, además, no tenía por qué perder sus alfombras de visón y otras muchas cosas sólo para que Wendell se casara con otra mujer.

—Y en todo caso, si finalmente hubiera aceptado seguir el juego del divorcio, le hubiera pedido cantidades astronómicas a Howells, ¿eh?

—Sí. ¡Y habría hecho muy bien! ¡Es muy bonito eso de...!

—Cálmate: a ti nadie te ha pedido el divorcio, Berenice. Dime: ¿cómo reaccionó Howells?

—Dejó de tocar el tema del divorcio.

Adam Brooks encendió un cigarrillo y quedó pensativo... ¿Quería respuestas? ¡Pues allá las tenía! ¿Por qué Howells no se había limitado, simplemente, a divorciarse de Lilliam para quedarse con la rubia? Pues, porque Lilliam estaba dispuesta a hacerle pagar muy caro el divorcio... si llegaba a aceptarlo. Howells había comprendido, y había optado por una solución menos costosa: hacer asesinar a su esposa, a la que tanto había amado... Así es la vida. Puerca vida...

—Hay más —dijo Berenice.

—¿Eh...? —La miró Adams, todavía absorto.

—Hay más cosas. Efectivamente, ella te ocultó que había oído algo de lo que hablaban los dos bestias. Algo que, si tú no hubieses hablado luego de la rubia, del motel, y de todo esto, todavía no habría comprendido. Pero después de oírte a ti la explicación de los hechos, pensó que lo que había oído sí tenía significado.

—¿Qué había oído?

—Uno de ellos, en determinado momento, antes de ir a telefonar, dijo: a ver si ella lo ha convencido ya. Algo así.

—A ver si ella lo ha convencido ya... Es decir, que la rubia tenía que convencer a Howells de algo.

—Sí.

—Todo encaja perfectamente... —murmuró Adam Brooks—. La rubia tenía que convencerlo de que debía aceptar que mataran a su mujer. Cabe pensar, entonces, que todo estaba planeado con tiempo, pero que, a última hora, Howells no se decidía. Así pues, la rubia tomó la iniciativa: recurrió a sus amigos, éstos secuestraron a Lilliam Howells, y esperaron a que Wendell Howells, cuando Mary Smith le dijera cómo estaban de adelantadas las cosas, cediera y aceptase que la matasen de una vez por todas. Pero, por lo que fuese, posiblemente porque estaba asustado, Howells se negó, y posiblemente se enfadó mucho cuando supo lo que le estaba ocurriendo a su mujer... De aquí surgió el enfrentamiento entre Howells y la rubia... y Howells llevó la peor parte. Luego, la rubia mató a sus cómplices porque...

Adam Brooks completó la explicación exponiendo todas sus conclusiones sobre el asunto. Cuando terminó, todos quedaron en silencio.

Henry Ambler, que ya había salido de su error, y de su asombro, comentó:

—Bueno, ahora sólo falta encontrar a la rubia, ¿no?

—Eso puede conseguirse por medio de sus amigos Jasper y Edward...

—Que quizá sea una amiga o conocida de los Howells, según tu teoría —puntualizó Berenice.

—Podría serlo. Bueno, sargento, has hecho un excelente trabajo, de veras. Gracias por el favor. Elliot, ¿confío en que vas a llamar a

Los Ángeles para pedirles que nos ayuden en eso de la búsqueda de Jasper y Edward?

—De acuerdo.

—Diles que yo iré mañana por la mañana a Los Ángeles, acompañando a la señora Howells y el cadáver de su marido, y que...

—Me parece que se lo van a llevar esta noche —dijo Berenice.

—¿Cómo, esta noche? —exclamó Brooks.

—Casi detrás nuestro llegaron al hospital algunos amigos de Lilliam, que se han ofrecido para todo. Quieren sacar a Lilliam del hospital, puesto que ella asegura estar bien... Ya se han cumplido las veinticuatro horas de observación. También quieren hacerse cargo de Howells, para que esta misma noche lo envíen a una funeraria de Los Ángeles... Le prometí a la señora Howells que influiría en ti para que dices toda clase de facilidades, Adam.

—Bueno, pues influye —masculló Brooks.

—¿Vas a poner dificultades?

—No. Pero ella tendría que identificar el cadáver antes de que saliese del Depósito de Laguna Beach.

—Ya les hice esa observación. Están dispuestos a pasar por Laguna Beach y proceder a la identificación... si tú no tienes inconveniente en desplazarte también allí ahora mismo.

—Pero no es necesario que vaya el teniente —dijo Ambler—. El personal del Depósito puede...

—Iremos —suspiró Brooks—. Tú y yo, Henry.

CAPÍTULO VII

Muy serio, impresionado, Henry Ambler contemplaba el rostro de Lilliam Howells en el momento en que, ante ésta, el empleado del Depósito descubría la parte superior del cadáver tras extraer el largo cajón frigorífico.

Ella no dijo nada, pero el hombre que la sostenía murmuró:

—Es él...

Adam esperó unos segundos, y preguntó:

—¿Señora Howells?

Lilliam abrió los ojos, y asintió con la cabeza.

—Lo lamento —dijo Adam—, pero había que hacerlo por mucho que nosotrosuviésemos la seguridad de que era él, señora Howells.

Lilliam volvió a asentir, y miró a su acompañante, que le sonrió animosamente y la empujó con cariñoso gesto hacia la salida de la cámara, donde, cerca de Ambler, había un apuesto joven y dos mujeres.

Ya se habían hecho las presentaciones. El hombre que consolaba tan solícitamente a Lilliam era Walter Levinson, viejo amigo personal del fallecido Howells, y socio del mismo en varios negocios.

Habían sido muchos los amigos de los Howells que se habían ofrecido para acudir a Santa Ana o a Laguna Beach para consolar a Lilliam y ayudar en lo que pudieran, pero Levinson, con buen criterio, había limitado la expedición a cuatro miembros solamente.

—Habrà que firmar en el registro del Depósito la salida del cadáver, teniente —deslizó Henry Ambler al oído de Brooks.

Éste asintió, e hizo una seña a Levinson, que aceptó en el acto salir en pos del teniente. Berenice titubeó, pero, viendo tan bien acompañada a Lilliam, optó por ir a reunirse con Adam y el señor Levinson en la oficina del Depósito, donde otro empleado colocaba unos papeles ante Adam y Levinson, preguntando:

—¿No tendría que firmar la viuda, teniente?

—Lo hará en otra ocasión —replicó Adam—. El señor Levinson puede firmar ahora, y dentro de unos días, cuando la señora Howells esté más tranquila, enviará una autorización con la fecha de hoy... ¿Está de acuerdo, señor Levinson?

—Por supuesto —aceptó éste.

—No olviden esa autorización —insistió el empleado.

Walter Levinson firmó, y parecía dispuesto a salir en el acto de allí, pero Adam le retuvo con suave gesto por un brazo, mirando al empleado.

—¿Le gustaría tomarse un café, Lloyd? Yo le invito.

Lloyd miró sorprendido un instante a Adam; pero enseguida miró a Levinson, volvió a mirar a Adam, y movió la cabeza.

—Me vendrá bien un descanso de diez minutos —dijo.

Salió de la oficina. Levinson miraba a Adam, que señaló una de las sillas. El ocupó otra, y Berenice, tranquilamente, fue a sentarse tras la mesa, en el sitio dejado libre por Lloyd. Brooks ofreció un cigarrillo a Levinson, otro a Berenice, y encendió uno para sí mismo. Levinson le estaba mirando fijamente. Era un hombre de edad parecida a la de Howells, y tenía el mismo buen aspecto que sin duda había tenido éste en vida: sol de tenis o de paseos en yate, buenas ropas, buenos modales, seguridad en sí mismo...

—Señor Levinson, ¿le ha explicado la señora Howells los detalles de lo sucedido?

—La verdad, teniente, a ninguno de nosotros se nos ha ocurrido hacerle preguntas dolorosas a Lilliam.

—Eso está muy bien. Lo que quiero decir es que ya saben ustedes la verdad de lo sucedido a la señora Howells, no lo que esta mañana les dijimos a los criados la sargento Marsh y yo.

—Sí... Claro, eso sí.

—¿Y sobre lo sucedido al señor Howells?

—Lilliam no ha dicho nada sobre eso. Pero, claro está, yo pensaba conversar al respecto con usted en un momento oportuno.

—¿Le parece oportuno este momento?

—Sí.

—Gracias. Bueno, en primer lugar, señor Levinson, usted tiene que saber que mis preguntas no tienen un cariz personal, naturalmente. O sea, que si en determinado momento le parecen

molestas, y hasta indiscretas, le ruego que tenga en cuenta que las hace un oficial de la Sección de Homicidios y que...

—Teniente, usted está investigando el asesinato de Wendell, ¿no es eso?

—En efecto.

—Haga sus preguntas.

—De nuevo, gracias. En primer lugar, debo informarle de que hemos encontrado a los dos hombres que ultrajaron a la señora Howells, y que, poco después de todo eso, fueron asesinados, creemos que por la misma persona que mató al señor Howells...

Adam resumió rápidamente esta parte, escuchado muy atentamente por Levinson, y terminó:

—... Por lo que, más adelante, si no encuentro ocasión de hacerlo yo esta misma noche, le agradeceré que le diga usted a la señora Howells que ella no mató al hombre, como creyó. ¿Cuento con ello, señor Levinson?

—Por supuesto. Eso aliviará la angustia de Lilliam...

—Al señor Howells —le interrumpió suavemente Adam— debían irle muy bien los negocios, ¿no es cierto?

—Estupendamente. ¿Por qué?

—Bien... Veamos, señor Levinson: ¿sabe usted si el señor Howells tenía... algún pequeño lío extramatrimonial?

—Nunca me di cuenta de eso —musitó Levinson.

—¿No?

—Siempre se les veía felices, y yo diría que hasta enamorados. Especialmente, por parte de Wendell.

—Señor Levinson, he dejado a propósito para el final un detalle porque sabía, como es lógico, que a usted no le gustaría hablar de cosas referentes a su amigo y socio... Lo comprendo. Pero yo tengo un trabajo muy duro, y en muchas ocasiones no puedo ser todo lo considerado que quisiera. Bien, éste es el detalle: al señor Howells lo mató una mujer, en una cabaña de un motel.

—¿Una... mujer?

—Así es. Y esa mujer es la misma que asesinó a los dos hombres que violaron a la señora Howells. Y esa mujer estaba citada con el señor Howells en el motel.

—Bueno...

—¿Sabe para qué creo yo que estaban citados, señor Levinson?:

para tratar del asesinato de la señora Howells.

—¡Usted está loco! —exclamó.

—Esa mujer era una chica rubia, alta, joven y bonita. ¿La conoce usted, señor Levinson?

—¿Yo? ¡Claro que no!

—¿Nunca vio al señor Howells, a su buen amigo, con una chica rubia? ¿Nunca el señor Howells le habló de un asunto así?

—No... No, no.

Berenice Marsh, que estaba mirando fijamente a Levinson, dijo lo que Adam no se atrevía a decir:

—Está usted mintiendo, señor Levinson.

—¡Oiga...!

—Escuche, haga usted lo que le dé la gana, pero no nos venga con mentiras a nosotros. Está hablando con policías, no con un par de imbéciles. Si no quiere contestar a las preguntas, no lo haga, pero dígallo claramente. Nosotros estamos trabajando. ¿Por qué tenemos que perder el tiempo?

—Bueno, Berenice... —empezó Adam.

—No, déjela —masculló Levinson—: ella tiene razón, teniente. Mmm... Bien, sí, algo oí...

—¿Oyó?

—Quiero decir que Wendell nunca me habló de nada de eso, pero un par de nuestros amigos lo vieron en otras tantas ocasiones con una chica en su coche.

—¿Una chica rubia?

—Sí.

—¿Joven y bonita?

—Sí.

—¿Conocen sus amigos a esa chica? ¿O la conoce usted?

—No.

—¿Sabe usted si alguien le habló de eso a la señora Howells?

—¡Claro que no! Demonios, tampoco tenía tanta importancia... Además, quizá no era lo que pensaron quienes los vieron. A veces, las apariencias engañan.

—Señor Levinson, esa chica rubia mató anoche al señor Howells. Esto no engaña, y creo que sí tiene importancia, ¿verdad?

—Si... Naturalmente. Es una asesina, ¿no?

—Usted lo ha dicho con toda exactitud: una asesina. Porque,

señor Levinson, yo podría matarlo a usted y se me podría llamar imprudente, homicida en sus diversas acepciones, y otras muchas cosas atenuadas por las circunstancias. Pero la señorita Mary Smith es, simplemente, una asesina. Y de mucho cuidado. La señorita Mary Smith le quitó el revólver al señor Howells, quizá engañándolo... Luego, puso la boca de fuego sobre el pecho del señor Howells, y apretó el gatillo. Y por si usted tuviera dudas sobre esta teoría mía, puedo llevarlo a ver los cadáveres de los dos hombres que violaron a la señora Howells. ¿Alguna duda?

—No... No.

Salieron los tres del despacho cuando todavía el usuario de éste no había regresado.

Minutos más tarde, ya cargado el cadáver de Wendell Howells en la furgoneta de la funeraria que había llegado de Los Ángeles, la triste comitiva emprendía el regreso a esta ciudad. Lilliam Howells, pálida y deprimida, había agradecido a Adam el interés y las atenciones recibidas.

En el momento en que Adam, Berenice y Henry se disponían a emprender el regreso a Santa Ana, llegó al sargento Lawrie en un coche oficial, y al verlo, Brooks frunció el ceño.

—Olvidé que quedamos con Lawrie en vernos en el Departamento... Pero era rutina.

—Si él ha venido aquí es que hay algo importante, supongo —dijo Berenice.

—Quizá hayan encontrado al taxista que llevó a la rubia al «Barbanegra» —sugirió Henry Ambler.

—Ningún taxista llevó a Mary Smith al motel —dijo Adam.

Henry y Berenice lo miraron vivamente, pero en aquel momento llegó el sargento Lawrie ante ellos, y tendió un sobre a Adam.

—Algunas copias de la foto-robot de la rubia, teniente. Estuve en el Departamento, y Fraser me las dio para usted. Pensó que ya que estaba aquí, quizá quisiera llegarse al motel para enseñárselas al conserje.

—La idea es buena —dijo Henry.

—Es una tontería —masculló Brooks—. El conserje fue quien le dictó la foto a nuestro dibujante, y por lo tanto, la vio ya, en el original. De todos modos, veamos cómo han quedado las copias fotográficas del dibujo.

—Lawrie —preguntó Berenice—: ¿nada de nuevo?

—Nada. Bueno, estamos trabajando con la camioneta, claro. Es decir, trabajan los del Departamento Técnico. Yo quisiera irme a cenar y a dormir...

—Están muy bien estas copias —dijo Henry, que, junto a Brooks, las estaba mirando.

—Pero no sirven de nada —dijo Berenice.

—¿Por qué no?

—Porque si yo me pongo una peluca rubia y unas gafas de sol, podría parecerme mucho a esta simpática rubia.

Adam señaló el coche en el que había llegado Lawrie.

—Henry, tú regresa a Santa Ana con el sargento. Yo me hago cargo de este coche.

—Sí, señor —asintió Ambler—, pero... ¿con qué sargento, señor?

—Nunca harás carrera, Henry... —rió la sargento Marsh, tomándose de un brazo de Adam—. ¡Te falta perspicacia!

—Desde luego que no —guiñó un ojo al guapo Henry—: ¡sólo quise probar fortuna!

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó Adam.

—No tengo más remedio que admitir que sí —suspiró Berenice—. Me he preguntado muchas veces por qué siempre tienes que ser tan hábil y eficaz en todo, Adam.

—Cuarenta y cuatro años de soledad enseñan mucho —murmuró el teniente.

—¿De soledad?

—Quizás es hora de que lo sepas, Berenice: siempre he estado solo.

—Bueno, conozco esa sensación. Por mucha gente que...

Berenice estuvo unos segundos mirando fijamente a Brooks. De pronto, se alzó de su silla, rodeó la mesa, y fue a sentarse en las rodillas de él, y apretó el rostro de Adam contra sus pechos.

—No lo hago para que llores —musitó—: es que me gusta.

—Soy demasiado observador para pasar por alto un detalle tan visible.

—Eso es muy amable por tu parte... —Berenice se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos—. ¿Por qué crees que la rubia no llegó en taxi al motel?

—Es demasiado lista. Y seguramente, había llegado de Los Ángeles, ¿no?

—Sí... —Parpadeó la encantadora Berenice—. Claro.

—¿Crees que lo hizo en taxi? ¿En bus, quizá?

—¿No?

—No. La habrían visto muchas personas, en el bus. Y un taxista que la hubiese traído desde Los Ángeles la habría recordado perfectamente cuando hubiese visto su foto-robot en la televisión o en los periódicos. Vino en coche propio. Y por lo tanto, no tenía ninguna necesidad de tomar un taxi en Laguna Beach o en Santa Ana... También la reconocería el taxista de aquí, y, como las demás personas que hubiesen podido verla, quizá podría dar detalles peligrosos sobre ella. Así que... ella vino desde Los Ángeles en su coche.

—Pero el conserje dijo...

—El conserje dijo que ella había dicho que un taxi la había traído hasta la entrada del motel. El no vio eso...

—Sin embargo, si la rubia hubiese llegado en un coche, el conserje lo habría visto, del mismo modo que vio el de Howells...

—Ella dejó el coche a cierta distancia del motel. A no mucha distancia, pues quería tenerlo a mano para escapar.

—Por Dios... —jadeó Berenice, tras unos segundos de aterrado pasmo—. ¿Estás diciéndome que esa rubia lo había planeado todo tal como ha sucedido, que no han surgido imprevistos en sus planes, sino que todo tenía que suceder como ha sucedido? ¿Estás diciéndome eso?

—Sí.

—Pe pero... pero... ¿por qué? ¡Cielos, me estás hablando de un plan tramado por una mujer para asesinar a cuatro personas! ¿Por qué?

—Mi respuesta depende de lo que encontremos en las vidas y milagros de Jasper y Edward.

—¿Qué quieres decir?

—Quizás Edward y Jasper fuesen unos desgraciados cuya muerte ni perjudique ni beneficie a nadie. Pero me pregunto quién o quiénes se habrían beneficiado si hubiese muerto también Lilliam Howells. Considerando que Wendell Howells no tenía en el mundo a nadie más allegado que su esposa, es lógico que en su testamento

dejase a ésta heredera de todos sus bienes, ¿no?

—Supongo... supongo que sí, claro. ¡Entonces, la muerte de Howells beneficia a su esposa, y...!

—Vamos, dulzura, vamos... ¿Crees que la rubia habría matado a Lilliam Howells con la misma pistola que a Wendell Howells? No habría cometido semejante estupidez: simplemente, después de matar a Jasper y Edward con el «Colt» 38 habría utilizado la pistola de uno de ellos para matar a Lilliam Howells. Luego, habría dejado a ésta tirada en cualquier sitio, muerta, y ella se habría llevado en la camioneta los cadáveres de Edward y Jasper, y los habría hecho desaparecer en algún lugar que, posiblemente, ya tenía preparado. De este modo, la Policía, nosotros, no habríamos relacionado un caso con otro. Simplemente habríamos creído que un par de sujetos habían secuestrado y violado a la señora Howells, y luego la habían matado. En cuanto a la muerte de Howells, podríamos pensar en un homicidio accidental o, como máximo, en un asunto... pasional. Claro que habríamos encontrado raro que el mismo día fuesen asesina dos ambos, pero todo parecería tan poco relacionado entre sí...

—¡Las llamadas de

A y B

a Mary Smith! —exclamó Berenice.

—Sí, también he pensado en ellas... ¿Sabes a qué conclusión podríamos haber llegado nosotros si no hubiésemos relacionado una cosa con otra? Pues, por ejemplo, a que la rubia Mary Smith quizá citó a Wendell Howells para chantajearlo, para pedirle mucho dinero por no presentar a Lilliam Howells ciertas pruebas comprometedoras de la infidelidad y posibles vicios de Wendell.

—Pero la empleada de

«Rachel's»

habría hablado de la camioneta...

—Y de dos hombres... que jamás serían hallados Pero supongamos que de todos modos, el empleado de la gasolinera hubiese fijado su atención en la camioneta, que la relacionase con la explicación del caso en la prensa o la televisión... ¿podría él decir que los dos sujetos habían estado llamando al «Barbanegra Motel»?

—No, pero nosotros podríamos haber supuesto...

—Ah-ah, linda Berenice: ¡nada de suposiciones, nosotros no

podemos hacer suposiciones!

—¡Pues tú las estás haciendo!

—Es verdad —admitió Brooks—, pero te haré una pregunta que no admite demasiadas suposiciones. Pregunta: ¿quién se habría beneficiado si hubiesen muerto Wendell Howells... y su esposa? ¿Quién?

—¡Podemos investigar eso!

—Desde luego. Mañana me encargaré del asunto.

—Pero entonces..., ¿esa rubia es una asesina profesional contratada para eliminar a los Howells?

—Podría ser... ¿O no?

—Adam... ¡Adam, si eso es así, la señora Howells está en un grave peligro, todavía pueden...!

—Durante veinticuatro horas no hay problema, pues ella estará siempre acompañada por sus amigos. ¿Estás cansada?

—¿Yo? No. Claro que no.

—Pues has tenido un día movido... y mañana no es tu día libre.

—Pero aún no es mañana —sonrió Berenice.

CAPÍTULO VIII

La sensación del contacto de su cuerpo con el de Berenice era todavía tan intensa, tan vívida, que, mientras conducía hacia Los Ángeles, Adam Brooks agitaba de cuando en cuando, con brusco gesto, sus caderas. Era casi como si volviese a penetrarla mientras notaba en su cuello el aliento de ella, y oía sus gemidos dulcísimos...

«O cambio de pensamientos, o no llego a Los Ángeles», se dijo.

Lucía un hermoso sol. Normal. La autopista iba atestada. Normal. Berenice se había quedado en Santa Ana irritadísima con Fraser, que no la había autorizado a continuar con Adam. Normal.

«Quizá lo único anormal en todo esto sea yo —pensó Adam—. Mis pensamientos son demasiado retorcidos... Aunque me pregunto qué es más retorcido: ¿que un marido quiera eliminar a su mujer... o que alguien quiera eliminar a los dos?».

Desde luego, lo más admisible, tal como estaban las cosas, era lo primero: Howells había planeado eliminar a su mujer, pero las cosas se habían complicado. Eso era todo. Y para evitarse complicaciones, la rubia fue a matar a Jasper y Edward. ¡Era todo tan sencillo, tan simple, tan lógico, tan creíble...! Ah, sí: las balas encontradas en los cadáveres de Edward y Jasper habían salido del revólver con el que habían matado a Howells. ¿Los moldes de los tacones de los zapatos de mujer cuyas huellas se habían obtenido en el motel y luego en el campo donde aparecieron los cadáveres de Jasper y Edward? Idénticas, naturalmente. En la cabina de la camioneta, y en la caja, las huellas e indicios de toda clase habían servido para definir todo lo ocurrido tal como lo había explicado Lilliam Howells. Semen por el piso de la camioneta. Gotas de sangre que correspondían al grupo de Lilliam, inscrito en el «Central Hospital» de Santa Ana...

Llegó al Departamento de Policía de Los Ángeles unos minutos antes de las doce y media. Henry Ambler, que se había desplazado a

Los Ángeles a las ocho de la mañana, para colaborar y orientar en detalles a sus colegas de la gran ciudad, lo estaba esperando en la escalinata, y, apenas Adam, tras dejar estacionado el coche, llegó ante él, exclamó:

—¡Los están rastreando a fondo, teniente!

—Estupendo.

—¿Algo nuevo por nuestra parte, señor?

—No. Todo según lo previsto. Tenemos que seguir buscando a la rubia, todo coincide. ¿Crees que podremos comer algo ahí dentro?

Adam alzó la cabeza del segundo expediente que el capitán Hutchins le había proporcionado, y miró a éste con cierta sorpresa.

—¿Esto es todo? —murmuró.

—Nos llegó todo el material esta mañana por Velofoto, desde la central del FBI. Yo creo que los federales tienen sus archivos al día, teniente.

—Sí... Claro. Bueno, es un poco desconcertante, ¿no le parece? Según estos dos expedientes, ni Jasper Bellow ni Edward Greely pueden ser catalogados en esa línea. Yo diría que eran un par de... vivales, un par de golfos, pero de eso a violar y matar hay mucho trecho.

Hutchins sirvió café de su cafetera privada a Adam, que continuaba mirando los expedientes, fruncido el ceño.

—Espero que el señor Levinson no se moleste demasiado por hacerle venir aquí... pero no me gustan los entierros. Quizá se haya negado a venir.

Hutchins miró su reloj, y negó con un gesto.

—No. El entierro ya debe haber terminado, de modo que si el señor Levinson se hubiese negado a acompañar a mis hombres hasta aquí, ya me habrían avisado. No tardarán mucho. Oiga, Brooks, usted les da demasiadas vueltas a las cosas en su cabeza, ¿no cree?

—¿A qué se refiere?

—La cosa es simple: si encontramos a la rubia, ya verá qué fácilmente se resuelve todo.

—Tengo el presentimiento de que no la encontraremos.

—Tenemos buen personal aquí, se lo aseguro —sonrió Hutchins.

—No he querido decir eso. Es sólo que me parece que no aparecerá por parte alguna ninguna rubia.

—¿Por qué cree eso?

—En realidad...

Sonó la llamada a la puerta del despacho de Hutchins, y éste autorizó la entrada. Dos detectives entraron, tras ceder el paso a Walter Levinson, que miró un tanto hoscamente a Brooks. Éste se puso en pie, presentó al capitán Hutchins, y volvió a sentarse. Walter Levinson ocupó otra silla.

—La verdad, teniente, no ha sido usted muy oportuno —refunfuñó.

—Señor Levinson, la señora Howells debe estar muy bien atendida y acompañada en estos momentos, espero. Eso, y el convencimiento de que usted era un auténtico buen amigo del señor Howells, me han impulsado a abusar de su amabilidad.

—Está bien. Pero me gustaría volver pronto a casa de Lilliam, teniente.

—La conversación va a ser muy breve. Y si le he hecho venir es porque me pareció poco delicado ir a hacer preguntas al cementerio.

—¿Qué preguntas?

—Pese a la buena amistad que los unía a usted y al señor Howells, éste nunca le habló de su nueva... acompañante, ¿verdad? Me refiero a la chica rubia.

—No. Nunca me habló de ello.

—¿Quizá con asuntos de negocios el señor Howells era más comunicativo?

—No comprendo.

—¿Quién hereda todo lo del señor Howells?

—Vaya pregunta... ¡Supongo que Lilliam, naturalmente! Oiga... ¿qué demonios está usted pensando de Lil...?

—Espere, espere, señor Levinson. La cosa no va por ahí, se lo aseguro. Y lo comprenderá cuando le haga la siguiente pregunta: ¿sabe usted quién habría heredado todo lo del señor Howells si la señora Howells también hubiese muerto?

Walter Levinson quedó estupefacto. Luego, palideció.

—Bueno... No sé. La Ley tiene previstas esas cosas, ¿no? Supongo que, en lo que respecta a sus negocios, sus socios habríamos adquirido acciones y demás participaciones en empresas...

—¿Y las demás propiedades del señor Howells?

—No tengo ni la menor idea... pero el notario de Wendell sí estará al corriente, como es natural.

—¿Sabe usted qué notario es éste? Podría preguntárselo a la señora Howells, pero prefiero preguntárselo a usted. Realmente, señor Levinson, todo esto es muy confidencial, usted entiende.

—Sí. Es decir, no, no entiendo demasiado... El notario es el mismo que tengo yo: Weston Launderers.

—Supongo que el testamento todavía tardará unos días en ser leído.

—Nadie tiene prisa al respecto, que yo sepa.

—Yo sí, señor Levinson. ¿Nunca le habló el señor Howells de su testamento?

—No.

—¿Tampoco habló nunca de hijos?

—¿Hijos? ¿Qué hijos?

—Bueno, he pensado que quizás el señor Howells habló con usted en alguna ocasión respecto a si le gustaría tener hijos o no.

—Ah... Sí, es cierto. Bueno, sólo un par de veces. Pero no podían tener hijos.

—¿No? ¿Por qué?

—Creo que Lilliam no está... en condiciones.

—Veamos, señor Levinson: ¿qué quiere decir con eso de que no está en condiciones?

—Entendí que Lilliam fue operada muy jovencita, de algo relacionado con los ovarios. No sé más.

—¿Sabía eso el señor Howells cuando se casó con ella?

—¡Oiga, teniente...!

—Cálmese, señor Levinson. ¿Lo sabía o no?

—No lo sé. ¡Maldita sea, yo no ando haciendo esas preguntas a mis amigos... ni a nadie!

—¿Qué diría usted que esta circunstancia producía en el señor Howells? ¿Irritación, tristeza, resignación, indiferencia, compasión...?

—¿Cómo quiere que yo sepa eso?

—Mala suerte. La última cosa, señor Levinson. —Adam sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió—. Aquí dentro hay un par de copias fotográficas de un retrato-robot de la mujer que mató al señor Howells. Usted me dijo que un par de amigos comunes a

usted y al señor Howells habían visto a éste, en su coche, con una chica rubia... ¿Son amigos de confianza?

—Para mí, sí.

—De acuerdo. Me gustaría que ellos vieran estas fotos robots, por si identifican a la chica que aparece en ellas como la que acompañaba al señor Howells en su coche. ¿Me comprende usted?

—Sí. —Levinson miró las fotos-robots, y movió la cabeza—. ¡Qué tontería!

—¿Qué es lo que le parece a usted una tontería?

—Bueno, de acuerdo, puede ser una chica muy bonita... ¿Y qué? En primer lugar, Lilliam es bellísima y encantadora. Y en segundo lugar, no entiendo por qué demonios Wendell tenía que complicarse la vida por una rubia más o menos.

—Son cosas que pasan, señor Levinson. Uno puede estar años y años acostándose con bellas muchachas, sin darles mayor trascendencia, y de pronto, enamorarse. Y si reflexiona usted sobre esto, me dará la razón.

—¿Qué quiere decir...? ¡Oh! ¿Se refiere a que eso fue lo que le ocurrió a Wendell precisamente con Lilliam?

—Usted lo ha dicho.

—Sí... Vaya, sí, ciertamente...

—¿Quizá podrá usted mostrar estas fotos-robots a sus amigos... digamos esta misma tarde, señor Levinson?

—Sí.

—¿Le parece a usted bien que yo espere aquí su llamada para decirme si ellos la han identificado o no como la rubia que acompañaba en ese par de ocasiones al señor Howells?

—Está bien. ¿Algo más?

—Caramba, señor Levinson... ¡yo diría que ya lo he estrujado a usted demasiado! Le estoy muy agradecido, de veras.

Levinson se despidió con un gesto de Hutchins y Adam, y abandonó el despacho. El capitán Hutchins miró sonriente a Adam.

—Oiga, tiene usted gancho, de veras, Brooks.

—Se cazan más moscas con miel que con vinagre. ¿Podríamos ocuparnos del notario señor Weston Launder? Quizás acepte adelantarnos algo del testamento. Quiero decir que no perdemos nada con intentarlo.

—Sólo el tiempo. Pero, en fin... Tenemos en el Departamento un

experto en esta clase de... Un momento. —Hutchins descolgó el auricular de un teléfono—. Capitán Hutchins.

—...

—¡Ah! ¿De veras? ¿Dónde, cómo...?

—...

—De acuerdo. Esperad instrucciones. —Hutchins colgó el auricular, y se quedó mirando socarronamente a Adam—. Usted dijo que no íbamos a encontrar a la rubia, ¿recuerda?

Adam se quedó mirándolo especulativamente.

—¿La han encontrado? —murmuró.

—En efecto.

Eran casi las siete de la tarde cuando Henry detuvo el coche detrás del de sus colegas de Los Ángeles, y frente mismo a un club llamado «El Pato Rojo». Enseguida, los dos hombres que habían estado esperando en el otro coche se apearon, y fueron hacia el de Henry, junto al cual estaba sentado, con expresión hermética, Adam Brooks.

Los dos policías de Los Ángeles se sentaron en la parte de atrás del coche de Henry, y uno de ellos tendió la mano hacia Adam, que se había vuelto a mirarlos.

—Sargento Evans —se presentó; movió la barbilla hacia su compañero—. Detective Cranston. Usted es el teniente Brooks, claro.

Adam asintió, y miró un instante a Henry, diciendo:

—El es Henry Ambler; ya le conocen, supongo. Bueno, sargento, entiendo que han conseguido ustedes lo que me parecía imposible.

—¿Imposible? ¿Encontrar a una chica partiendo de un par de bigardos? ¿Por qué le parecía imposible?

—Llegué a pensar que era una profesional de una organización dedicada al crimen por encargo.

Adam se volvió para mirar hacia el vestíbulo descubierto del «Red Duck Club».

—¿Trabaja ahí? —murmuró.

—Sí. Se llama Caroline Masterson. Hemos visto sus fotografías en el vestíbulo... ¡Fiuuuu! —Silbó el sargento Evans—. ¡Vaya tía, teniente!

—Fuera de serie —aseguró Cranston.

—Puede ir a echarle un vistazo —sugirió Evans.

—Luego. —Adam los estaba mirando de nuevo—. ¿Cómo la han localizado exactamente?

—Rutina. Primero, claro está, fuimos a echar un vistazo a los apartamentos de Greely y Bellow, los tipos de la camioneta. Allí no encontramos nada interesante, pero comenzamos a hacer preguntas... Estuvimos en un «*snack*», en una peluquería... Bueno, sitios así. Fuimos cogiendo el hilo, hasta que alguien mencionó que sabía que uno de ellos solía acudir con frecuencia al «Pato Rojo». De modo que nos pusimos a buscar el lugar. Así que nos vinimos para aquí, y nada más poner los pies en el vestíbulo del club, vimos las fotografías de la chica. ¡Caramba, teniente, me gustaría que usted le echase un vistazo también!

—A mí me gustaría ver esas fotos —dijo Henry.

Brooks asintió, y salió del coche. Henry se apresuró a alcanzarlo, y se adentraron los dos en el vestíbulo del club. Era imposible no fijarse en la muchacha rubia que aparecía prácticamente desnuda en un juego de tres fotografías, dos de ellas del tamaño de un folio y otra casi el triple de grande.

Brooks sacó una de las fotos-robots, la desdobló, y la colocó pegada al cristal, junto a las de Caroline Masterson.

—¿Qué te parece? —murmuró.

—Yo diría que es ella, señor.

—A menos que tenga una hermana gemela.

—No pueden haber dos tías como ésta.

Brooks no contestó. Se guardó la foto-robot, y regresó al coche, seguido de Ambler tras un instante de nueva contemplación de la muy sugestiva rubia.

—¿Qué? —preguntó Evans.

—Ha sido un buen trabajo —asintió Adam—. Gracias. ¿Qué más saben?

—Hemos preguntado en esa librería —señaló Evans— y nos han dicho que el club empieza a funcionar a las siete.

—Son las seis y cinco —dijo Ambler—. ¡Demonios, estoy tan nervioso que voy a orinarme aquí mismo!

—No pareces tan novato —rió Cranston.

—Pero si usted quiere, teniente —prosiguió Evans—, nos ponemos a intentar localizar al encargado.

—No, no. Han hecho bien, Evans. Además, seguramente ese

hombre ya está camino del club. Lo esperaremos.

CAPÍTULO IX

A las seis y media y dos minutos llegó un hombre, que se coló en el vestíbulo descubierto, abrió la puerta del club, y desapareció en su interior. Ambler miró vivamente a Brooks, que negó.

—Espera un poco.

—Hombre, teniente —bromeó Cranston—, ¡que el muchacho se va a mear en los pantalones!

—Pues no creas que me falta mucho —gruñó Henry.

—Esto les pasa a los que son muy nerviosos —dijo Evans.

En cinco minutos más, llegaron otros dos hombres, cuando ya se veía una abundante iluminación dentro del «Pato Rojo». Empujaron la puerta de reluciente madera, y entraron. Adam Brooks salió del coche, sin decir palabra. Henry se apresuró a salir también, y Evans lo hizo a su vez, mirando a Cranston.

—Vigila por aquí, en el local. Uno de los hombres que habían llegado últimamente estaba revisando anaqueles con botellas. El otro estaba conversando con el que había llegado en primer lugar. Ambler preguntó al primero dónde estaban los servicios, y Brooks y Evans se acercaron a los otros dos, el primero mostrando su placa.

—Teniente Brooks, sargento Evans... ¿Pueden atendernos un momento?

—¿Qué pasa? —exclamó el encargado.

Adam colocó ante el hombre la foto-robot.

—¿La conoce?

El hombre parpadeó. Luego, miró hacia la puerta de entrada.

—Pues... Bueno, parece... ¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien Caroline?

—¿Usted no lo sabe?

—No... Hace dos noches que no viene a trabajar. Hemos estado llamándola por teléfono a su apartamento, pero no contesta. ¿Qué ha pasado?

Adam sacó otro sobre, y de él extrajo unas cuantas fotografías de Jasper Bellow y Edward Greely. Procedían del Velofoto del FBI, pero eran más que aceptables; al menos, más que las que mostraban sus rostros después de muertos. El encargado y el camarero se miraron alarmados, y luego miraron con los ojos muy abiertos a Adam.

—¿Ya ellos? ¿Los conocen?

—Sí... Venían por aquí con bastante frecuencia...

—¿Se relacionaban con Caroline Masterson?

—Sí, sí. Bueno, eso no tiene nada de extraño, porque... ¿Los dos están muertos?

—Así es. ¿Decía usted...?

—Pero... ¿qué ha pasado?

—Según todos los indicios, la señorita Masterson los mató a balazos.

Los dos hombres palidecieron. El encargado negó con la cabeza, como para sí mismo, y acto seguido comenzó a tartamudear.

—No... no es posible. ¡Claro que no...!

—¿Por qué no?

—Bueno... Mire, teniente, si usted me... me dijera que habían pillado a Caroline en una orgía, o algo así, pues... bueno, de acuerdo. Eso era lo que iba a decirle. Es una chica... muy liberada en todos los aspectos, ¿me comprende? Era amiga de estos dos, sí, y de otros muchos... pero...

—¿Pero matar no?

—Yo creo que no. Claro que... nunca se sabe, pero...

—¿Qué nos dice de ellos? ¿Qué clase de clientes eran?

—Pues... normales. Venían aquí a divertirse, eso es todo. Eran simpáticos.

—¿Simpáticos? —Gruñó Evans—. ¡Estos dos tipos viol...!

—¿Eran amigos de la señorita Masterson? —cortó Adam.

—Pues si... Bueno, como otros muchos.

—¿Nada especial?

—Que yo sepa, no. Pero comprenda usted que cuando me voy de aquí no sé lo que hace la gente... ni me interesa.

—Lo comprendo. ¿Sabe dónde vive la señorita Masterson o sólo tiene su teléfono?

—Sé dónde vive, claro.

—Le agradecería mucho que nos facilitara su dirección, señor... señor...

—¿Eh? Oh, sí... Decker... Sam Decker. El es Tobiah... ¿Van a ir al apartamento de Caroline?

—Tenemos esa intención —asintió Brooks—, aunque no tenemos la menor esperanza de encontrarla allí. De todos modos, señor Decker, le rogamos que se abstenga usted de intentar contacto telefónico con el apartamento de la señorita Masterson. ¿Comprende?

—Sí, sí.

—Y si ella llamase, no mencionará nada de esto.

—Claro... Lo entiendo, lo entiendo. Bueno, tengo su dirección anotada en mi despacho...

—El sargento Evans irá con usted. El conoce mejor que yo la ciudad, así que se ocupará de eso. Señor Decker, quiero advertirle que si usted efectuase alguna... maniobra que nos dificultase la localización de la señorita Masterson se vería en serios apuros, acusado de encubridor y cómplice en tres asesinatos.

—¿Tres? Pero...

—Vamos a por esa dirección —dijo Evans.

Cuando regresaron, Henry ya estaba allí. Evans miró a Brooks, y asintió con la cabeza. Henry cuchicheó unas palabras al oído de Adam, que volvió a asentir, mirando a Decker.

—Señor Decker, temo que la señorita Masterson ya no volverá a actuar aquí, así que me atrevo a sugerirle que retire sus fotografías del vestíbulo... en cuyo caso, ¿tendría inconveniente en obsequiarnos un par de ellas?

—No, ninguno... Tengo muchas más. Escuche, teniente, no sé lo que ha pasado, pero le aseguro que nadie del «Red Duck» tiene nada que ver en...

—Si es así, señor Decker, no tiene de qué preocuparse, créame.

—Bien... Sí, gracias. Bueno, les daré las tres fotos de la vitrina. ¿Les parece bien?

—Ya lo creo —exclamó Ambler.

Salieron los cuatro al vestíbulo. Decker abrió la vitrina con una diminuta llave, y retiró las fotografías, de las que se hizo cargo por el momento Henry Ambler. Cranston, que había estado esperando de pie junto a su coche, se acercó a los tres cuando, tras despedirse

de Decker, salieron a la acera.

—Teniente, ha llamado el capitán Hutchins, con un recado para usted. Ha dicho que un tal señor Levinson ha llamado, y que ha dicho que los dos amigos de él han identificado a la rubia de la foto-robot, que usted entendería.

—Sí, entiendo. Gracias, Cranston. Bien, usted va a tener que quedarse aquí, por si apareciese la Masterson. Llame al capitán Hutchins y dígame que le envíe un par de compañeros, para cubrir mejor la zona. Dígame también que envíe un coche con dos detectives, y un equipo del Departamento Técnico a... ¿Adónde, Evans?

Evans dio a Cranston la dirección de Caroline Masterson, y segundos después, en el coche que conducía Henry, partió hacia esa dirección, sentado en el asiento de atrás, junto a Brooks, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Perdone —se disculpó Adam—. ¿Quiere uno?

Evans también encendió un cigarrillo.

—No parece usted muy satisfecho —murmuró.

—Lo estoy —lo miró Adam—. Se trata sólo de que así es mi cara. Me gustaría ser más simpático y expresivo, pero cada cual es como es... ¿No le parece?

—¿Sabe? —reflexionó Evans—. ¡Estoy de acuerdo con usted! Pero me gustaría saber adónde quiere ir a parar.

—Bueno —lo miró casi sonriente Adam—, creo que debe darle a Henry la dirección de Caroline Masterson, porque adonde quiero ir a parar es al apartamento de esa preciosa rubia.

El apartamento de Caroline Masterson era... locamente encantador. Desde que el conserje del edificio les abriera la puerta, Henry Ambler iba de pasmo en pasmo, contemplando la... decoración de las paredes especialmente. No hacía falta ser psicólogo, ni mucho menos, para comprender muy pronto que Caroline Masterson era una entusiasta adicta al sexo.

Sexo y más sexo. Desde grandes fotografías en primerísimo plano de genitales masculinos, hasta lo mismo del sexo femenino, pasando por las más sofisticadas posturas y variaciones del acto sexual, allí había de todo. Es decir, en el dormitorio. El resto del apartamento, no lujoso, pero rozando el lujo, era más bien normal. El dormitorio era un torbellino de sexo. Sencillamente alucinante.

Más alucinante aún cuando Henry descubrió que algunas de las más... interesantes fotografías, tanto en primeros planos genitales como en posturas, correspondían a la propia Caroline. Había fotografías hasta en el techo del dormitorio.

—¡Cojones, qué tía! —Tuvo que exclamar finalmente Henry.

Adam Brooks pareció no oírlo. Estaba mirando un cartelito pequeño, colgado sobre la cabecera de la cama, en el que, sobre fondo azul celeste, se leía, en letras de color rosa romántico: *live the life!* [1].

Evans se colocó junto a él, y se quedó mirando también el cartelito. Luego, se miraron uno al otro y Evans parpadeó.

—Chocante, ¿verdad? —murmuró Brooks.

Evans no contestó. Volvió a mirar lentamente a su alrededor. Adam se acercó al armario, y lo abrió. Era un armario grande, de puertas correderas, ocupando, empotrado, toda una pared del dormitorio. Lo primero que miró Adam fue la parte alta, en la que vio algunas maletas y un par de raquetas de tenis. Luego, echó un vistazo a los vestidos. Eran de buena calidad, pero no excesiva. Había una gran variedad de camisones y «picardías», sostenes de los que dejan salir el centro del pecho, otros que sólo sostenían éstos por la parte inferior, braguitas diminutas...

La voz de Evans sonó detrás de Adam:

—Si mi mujer se pusiera cosas como éstas, otra cosa sería nuestro matrimonio.

—¿Mejor o peor?

—Bueno... Digamos que mucho más divertido.

—Esta tía debe estar locamente enloquecida de locura demencial... digo sexual —dejó escapar Henry.

Se quedaron mirándolo los dos, estupefactos. Henry sonrió.

—Hacía tiempo que tenía ganas de soltar esta frase: locamente enloquecido de locura demencial. Me ha parecido que era la ocasión.

—Vaya frase... —masculló Evans—. ¿Por qué no se presenta al Premio Pulitzer de novela, muchacho?

—No está mal pensado. Pero hablando en serio: ¿qué clase de chica es ésta, señor?

Miraba a Adam, pero éste, tras mirar el cartelito colocado sobre la cabecera de la cama, salió del dormitorio sin responder.

—¿Siempre es así? —preguntó Evans.

—A mí me gusta trabajar con él —aseguró Henry.

Un par de minutos más tarde, llegaron los dos detectives pedidos a Hutchins, y un equipo del Departamento Técnico... pese a que, en el fondo, Adam tenía la convicción de que, una vez más, y al menos en aquel caso, la investigación técnica no aportaría nada productivo. A veces, una huella digital, una cerilla, una mota de barro, sirve para encauzar el caso hacia su solución. Pero en aquel caso, se podría haber estado trabajando sin la ayuda del Departamento Técnico desde el principio. O poco menos. Y exceptuando la labor de Balística, claro.

—Señor Rodney...

El conserje miró con los ojos muy abiertos a Adam, que se había plantado ante él.

—Diga, teniente.

—¿Cuándo vio a la señorita Masterson la última vez?

—Anteayer por la tarde. Debían ser... las tres y media.

—¿Entrando o saliendo del edificio?

—Oh, saliendo, saliendo... Pasó cerca de mí, y me saludó, como siempre, agitando una mano: «¡Adiós, Terry, hasta mañana!». Es que ella siempre regresa muy tarde, y ya no la veo hasta el día siguiente.

—Entiendo. ¿Tiene coche la señorita Masterson?

—Sí, claro.

—¿Se fue en él?

—Sí, sí.

—¿Conoce usted la matrícula?

—¿Del coche de ella...? No. Pero sé que es un «Olympia» de hace un par de años, de color verde claro. La verdad es que nunca me fijé en la matrícula.

—¿No ha visto el coche por aquí durante el día de ayer o de hoy?

—No.

—¿Alguien ha venido preguntando por la señorita Masterson? ¿Algo relacionado con ella, recados, correo...?

—¡Ah, sí, correo...! ¡Tiene un par de cartas! Las eché a su buzón esta mañana.

—¿Puede usted abrir ese buzón?

—Sí. Tengo llave duplicada de todos, porque a veces...

—¿Sería tan amable de subirme esas dos cartas?

—Oiga, teniente, usted no puede...

—Sé perfectamente que violar la correspondencia es un delito federal, señor Rodney, y le aseguro que no tengo la menor intención de echarme encima al FBI. Sólo quiero saber la procedencia de esas cartas. Eso no es ilegal, ¿verdad?

—No, señor.

—Vaya a buscarlas... ¡Evans!

Adam se desentendió del conserje, y se encaró a Evans, que se acercaba con gesto interrogante.

—¿Qué hay?

—Póngase en contacto con el capitán Hutchins, y dígame que Caroline Masterson tiene un coche «Olympia» del setenta y siete, color verde claro. Que avise al capitán Fraser en Santa Ana, y que se tomen las medidas para que ese coche sea buscado con prioridad por la Patrulla de Caminos y todo el personal disponible...

—Entiendo. Cerca de la frontera con México, ¿no?

—También por ahí. Pero no sólo por ahí.

Evans asintió, y salió del apartamento. Pese a todo, era mejor no tocar el teléfono de allí, y llamar a Hutchins desde el coche... Un par de minutos más tarde, regresó el conserje, que tendió dos sobres a Brooks...

—Teniente —apareció Henry—, hemos encontrado un talonario de cheques de la rubia.

—¿Cuánto tiene? —Lo miró Adam.

—Siete mil seiscientos veintidós con cuarenta.

Adam asintió, y centró su atención en las cartas. No eran tales propiamente dichas, sino folletos de propaganda. El sobre más voluminoso procedía de una editorial, y resultaba evidente que ofrecían una enciclopedia. El segundo sobre era discretísimo, pues no contenía indicación alguna salvo el nombre y la dirección de Caroline Masterson.

—Conozco esta clase de sobres... —Dijo Henry—. Suelen contener catálogos de artículos relacionados con el sexo. Normal aquí, ¿no le parece?

Brooks se guardó los dos sobres en un bolsillo de la chaqueta, diciendo:

—Vámonos, Henry.

—Oiga, un momento —protestó el conserje—: ¿usted no puede llevarse esas cartas!

—Haga la denuncia —explicó Adam, sin mirarlo.

Henry lo alcanzó cuando ya casi estaba en la calle, tras entregar el talonario a sus colegas ocupados de la investigación técnica. En el momento en que salían del vestíbulo, Evans se disponía a entrar.

—Hecho —dijo—. El capitán se encarga de eso, Brooks.

—Bien. —Adam le tendió los dos sobres—: consiga una orden judicial para poder abrir estos sobres, Evans.

—¿Informo de esto al FBI?

—Como usted guste. No sé a qué hora termina su trabajo aquí el conserje, pero sea cual sea, que no se vaya antes de que yo me haya comunicado de nuevo con usted. Voy a visitar a la señora Howells. Llámeme allí si ocurre algo nuevo.

—¿Por ejemplo?

Adam Brooks miró socarronamente a su colega.

—Por ejemplo, que la señorita Masterson apareciera por aquí.

—Creí que no era usted simpático.

—De cuando en cuando tiene estos golpes —sonrió Henry.

—Mejor para él. ¿Sabrán encontrar la casa de los Howells?

—Llegaremos allá como si ya hubiésemos estado antes y conociésemos el camino... —dijo Brooks—. ¿Verdad, Henry?

—Si, señor —sonrió Ambler, ahora de oreja a oreja—: como si ya hubiésemos estado antes allí.

CAPÍTULO X

—Teniente, es usted un hombre muy activo —dijo Levinson—. Pero se ha molestado por nada. Ya llamé antes al Depart...

—Tengo su recado, señor Levinson, que agradezco muchísimo. Pero en esta ocasión no he venido a molestarle de nuevo a usted, sino a la señora Howells.

Walter Levinson hizo un gesto de desagrado.

—¿Es necesario?

—Imprescindible. Lo siento.

—Bueno, quedamos ya sólo unos pocos amigos en la casa. Pero ya no están los que vieron a Wendell con la chica rubia, la de la foto.

—Ya no importa. ¿Ha visto la foto-robot de la señora Howells?

—Claro que no —gruñó Levinson.

—Mejor. Bueno, señor Levinson, ya nos ha recibido usted, ha cumplido como el buen amigo de la familia ocupándose de todo... ¿Podemos ya hablar con la señora Howells?

—La avisaré.

—Gracias.

Levinson desapareció tras una doble puerta que daba al gran salón de la casa. Unos pasos más allá, el mayordomo contemplaba impasible a los dos policías, que permanecieron impávidos. Dentro del salón se oía rumor de conversaciones... que aumentó de volumen otra vez cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Lilliam Howells, mirando expectante en dirección a la puerta. Cerró las del salón, y se acercó a Adam y Henry tendiendo la mano, consiguiendo una sonrisa casi amable.

—Teniente... ¿Cómo está?

—Muy bien, señora Howells. Ya conoce al detective Ambler. Ambos esperamos que su estado de ánimo y de salud sean satisfactorios.

—Sí... —Los labios de Lilliam temblaron un instante—. Si, estoy bien, gracias... ¿Le parece bien que hablemos en el despacho?

Adam asintió. Cuando hubieron entrado los tres, Lilliam cerró la puerta, y se quedó mirando a Brooks, que la contemplaba con expresión inescrutable. La señora Howells llevaba un bonito vestido negro, nada aparatoso, por otro lado. Destacaba su rostro pálido, de facciones bellísimas. Estaba visiblemente afectada por todo cuanto le había sucedido en tan corto espacio de tiempo, pero su belleza permanecía incólume.

—Voy a procurar molestarla el menos tiempo posible —murmuró Brooks—. En primer lugar, quisiera enseñarle una foto-robot, por si le recuerda a usted alguna persona.

Colocó la foto-robot ante el rostro de Lilliam, que la miró expectante, con gran curiosidad. Sus vacilaciones fueron evidentes.

—No sé... Me parece que me recuerda a alguien, pero...

—Henry —dijo Adam.

Ambler estiró las fotos de Caroline Masterson conseguidas en «El Pato Rojo» y las colocó ante Lilliam, ayudado por Brooks. La viuda respingó al ver a la chica desnuda prácticamente, miró otra de las fotos, con un plano más grande del rostro... Y de pronto, lanzó una exclamación.

—¡La conozco! ¡Sí, la conozco! Es... es... Bueno, no sé cómo se llama, pero la he visto un par de veces... Creo que fue en un club, al que fui con Wendell... ¡«El Pato Rojo»! Y esa chica salía haciendo unos números... especiales... ¡Coraline no sé qué!

—Caroline, no Coraline —corrigió amablemente Brooks—. Se equivoca usted de nombres con frecuencia, señora Howells. Lo mismo ocurrió con aquellos dos hombres. En efecto, uno de ellos se llamaba Jasper, pero el otro se llamaba Edward, no Edgar.

—Ah... Bueno, lo siento... ¡Pero a esta chica rubia la...! ¡Oh, Dios mío! ¿Es... es...?

—Sí. Es Mary Smith, según todas las evidencias de que disponemos hasta el momento.

Lilliam Howells estuvo unos segundos mirando las fotografías. De pronto, se dejó caer en uno de los sillones del despacho, y abatió la cabeza sobre el pecho. Henry Ambler enrolló de nuevo las fotografías de Caroline Masterson. Brooks se sentó en otro sillón, dando frente a la viuda.

—Señora Howells, siento no poder dejarla en paz, pero...

—No importa... —susurró Lilliam—. No importa, teniente...

Ahora comprendo por qué tenía él tanto interés en ir a ese club. ¡Ya debía tener algo que ver con ella y me llevó allí, me humilló de un modo...!

—Señora Howells: ¿le dijo al señor Howells, antes de casarse, que no podía usted tener hijos?

Lilliam respingó, palideció, y se quedó mirando con expresión sobresaltada a Brooks.

—¿Qué... qué...? —jadeó.

—Vamos, señora Howells, usted ha entendido perfectamente mi pregunta. Y claro está, puede negarse a contestarla.

—No... No, no. La voy a contestar. No se lo dije a Wendell, teniente. No le dije que no podría tener hijos.

—¿Por qué no?

Lilliam tragó saliva.

—Pues... no sé... El no me preguntó, así que...

—Usted debía saber que él tenía intención de tener hijos, señora Howells. Yo lo creo así, al menos.

—No sé... Sí... Bueno, sí, pero pensé... que más adelante podríamos... adoptar algún niño...

—No quiero parecerle duro ni grosero, señora Howells, pero estoy entendiendo claramente que usted engañó al señor Howells a ese respecto. Sabe muy bien que debió decirle la verdad a él en cuanto le pidió que fuese su esposa. ¿No lo cree así?

—¡Pero no se habría casado conmigo, entonces, y yo lo amaba, y... y...!

—Y quería usted las alfombras de visón y todo lo que ellas significan, ¿no es cierto?

—Sí... ¡Sí, es verdad!

—Señora Howells...

—¡Es verdad, lo admito! ¡Quería las alfombras de visón y todo lo que ellas significan de buena vida, de lujos, de satisfacciones de todas clases...! ¡Le mentí a Wendell en eso! ¡No quería seguir siendo su... su amiguita hasta que él se cansase y se buscase una mujer que si pudiera tener hijos! ¡Pero también le amaba, nunca le engañé físicamente, siempre fui fiel y cariñosa con él...! ¡No tenía motivos de queja contra mí, ninguno...! ¡Y... y no tenía por qué querer

matarme sólo porque no pudiese tener hijos! ¡Hay muchos matrimonios que tienen hijos adoptivos y son felices y...! ¡Oh, Dios mío!

Henry desvió su desorbitada mirada hacia Brooks, que permanecía sereno, imperturbable.

—Siento mucho haber provocado en usted esta crisis nerviosa, señora Howells. No era mi intención. Si hubiera sabido que iba a alterarla tanto, no habría tocado el tema. Lo siento de veras.

Lilliam sacó un pañuelito, y se secó suavemente los ojos. Aspiró profundamente, y miró a Adam.

—¿Tiene algo más que preguntarme? —murmuró.

—No... En realidad, más que nada he venido a pedirle unas cuantas fotografías de su marido. Quisiera enseñárselas al conserje del edificio donde vive Caroline Masterson. Pienso que quizás él vio por allí alguna vez al señor Howells. Y si es así... Bueno, si eso es así, todo habrá terminado. Sólo nos quedará encontrar a Caroline Masterson, o Mary Smith. Y eso ya no será demasiado difícil sabiendo su nombre y teniendo fotos reales de ella, no fotos robot. ¿Tiene usted alguna fotografía que pueda prestarnos, señora Howells?

Lilliam se puso en pie, se acercó a la libreta, y retiró de allí un álbum de fotografías, del cual retiró tres o cuatro, que tendió a Brooks.

—¿Le sirven éstas?

—Ya lo creo que sí —asintió Adam, tras mirarlas—. Gracias. Señora Howells, espero que no me guarde rencore...

—Estoy muy cansada, teniente —murmuró la viuda—. Perdóname si no le acompaño a la puerta.

—Sí... Por supuesto. —Gracias de nuevo, señora Howells... Y buenas noches.

Minutos más tarde, ya regresando hacia el edificio donde Caroline Masterson tenía su apartamento, Henry miró de pronto a su jefe, que viajaba a su lado sumido en sombrío silencio.

—Ha sido usted muy duro con la señora Howells, ¿no le parece, señor?

—No era ésa mi intención.

—De todos modos, si ella no hubiese mentido, no se habría casado con Wendell Howells, y en ese caso, ni éste, ni Jasper, ni

Edward, habrían muerto... ni Caroline Masterson se habría convertido en una asesina... ¿No es eso lo que pensaba usted?

—Ésa es una de las cosas que he pensado —asintió Adam.

Henry estuvo conduciendo en silencio unos segundos, antes de murmurar:

—No quisiera molestarle, señor, pero de todos modos, quien mató a esas tres personas no fue la señora Howells, sino Caroline Masterson, la rubia.

—Desde luego —murmuró también Brooks—: fue la rubia.

El conserje del edificio de apartamentos donde vivía Caroline Masterson tenía mucho mejor vista que el del «Barbanegra Motel». Nada más ver la primera foto en la que aparecía Wendell Howells, lanzó una exclamación.

—¡Sí, señor! —aseguró—. ¡Este hombre ha estado aquí!

—¿Está seguro? —inquirió Brooks.

—¡Ojalá tuviese tan seguro un millón de dólares!

—Ya. No quisiera parecerle pesado, señor Rodney...

—¡Huevos, ya le he dicho que es él!

—Pero además de él vendrían otros, ¿no?

—Hombre, sí. De cuando en cuando... La señorita Masterson es bastante... bastante...

—¿Sociable?

—Bueno... —rió el conserje—, ¡digámoslo así! Pero es una chica simpática, y nunca ha creado complicaciones. Es discreta, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Sabe si ella tiene un abrigo azul?

—Mmm... Sí. ¡Precisamente, lo llevaba la otra tarde, cuando se fue!

Adam asintió, y puso en manos del conserje las fotografías de Jasper Bellow y Edward Greely.

—Y a estos hombres... ¿los conoce?

—También... —dijo en el acto Rodney—. Ellos han estado alguna que otra vez.

—¿Juntos? Quiero decir... ¿a la vez?

—No... Que yo sepa, no. Por separado.

—Sin embargo, tengo entendido que la señorita Masterson es una chica muy... capacitada: me dijeron que una vez estuvo batallando con tres hombres a la vez.

El conserje quedó estupefacto un par de segundos. Luego, movió la cabeza.

—¿De veras? ¡Qué le parece...! De todos modos, no sería aquí.

Yo sólo soy conserje de edificio, teniente, pero hago bien mi trabajo. Sabría una cosa así.

—Quizá le ayudase a usted la sugerencia de que uno de los tres hombres que pudo venir llevaba barba. ¿Está seguro de que estos dos nunca vinieron juntos... y además con otro sujeto con barba?

—No recuerdo a nadie con barba que haya venido preguntando por la señorita Masterson. Ni grupo alguno de tres hombres. Claro que puedo admitir que alguien se me cuele en el edificio alguna vez... Nadie es infalible, ¿verdad?

—Nadie —admitió Brooks—. Gracias por su colaboración, señor Rodney. En lo que a mí respecta, ya puede usted marcharse... pero le agradecería que dejase su número de teléfono a mi compañero.

—De acuerdo.

—Espérame en el coche, Henry.

—Sí, señor.

Adam subió al apartamento de Caroline Masterson. Evans salió enseguida a su encuentro, mirándole expectante.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas por su lado, Brooks?

—Sumando datos. ¿Y por aquí?

—Normal. Quiero decir, salvo ese Kamasutra en fotos del dormitorio: me tiene a los muchachos soliviantados. Pronto terminaremos... Supongo que tendremos que dejar aquí un par de chicos, ¿no? Ya sé que esa ninfómana no va a volver, pero... ¿quién sabe?

—Eso: nunca se sabe. Me vuelvo a Santa Ana, Evans.

—¡Hombre...!

—¿Qué pasa? —Casi sonrió Brooks—. ¿No se ve con fuerzas para atender esto?

Evans frunció el ceño, pero, de pronto, sonrió.

—De acuerdo, teniente. ¿Pasaré a ver al capitán Hutchins?

—No me parece necesario. Salúdele de mi parte cuando le vea, y dígame que volveré por aquí en cuanto pueda. Tengo que conversar un rato con Fraser... ya sabe: mi capitán.

—Está a punto de retirarse, ¿no?

—Sí. Hasta la vista, Evans.

—Que se divierta.

Adam se quedó mirando curiosamente a Evans.

—Eso es... —asintió—. ¡Viva la vida! ¿Verdad?

—A mí me parecería mucho más idiota decir ¡viva la muerte!

—Estamos de acuerdo. Adiós.

Abajo, en el coche, estaba esperando Henry, que apenas Adam se sentó a su lado, le dijo que tenía el número telefónico del conserje.

—Gracias, Henry. Volvamos a casa.

—¿A Santa Ana? —se sorprendió el guapo Henry—. Podríamos dormir aquí, señor. ¡Y nos ahorraríamos el viaje por autopista de esta noche y el de mañana por la mañana para volver!

—Prefiero descansar en mi apartamento, si no te importa.

—Claro que no, señor: a mí sí me gusta conducir.

—Pero tómatelo con calma. Recuerda: ¡viva la vida!

Estaba tan inmóvil que parecía muerto. Sólo de cuando en cuando su brazo derecho se movía, llevando la mano provista de un cigarrillo hasta la boca, que, salvo en los momentos de fumar, permanecía plegada en un gesto seco, hermético.

De cuando en cuando, el resplandor de la brasa del cigarrillo iluminaba el rostro de Adam Brooks, y permitía ver sus ojos claros, fijos, ausentes. A pesar de que eran casi las tres y media de la madrugada, todavía estaba vestido de calle. Su único relajamiento había consistido en aflojarse la corbata. No se oía nada. Ni siquiera el motor de un automóvil en la calle. Nada. Solo, una hora antes, había oído el ulular de una sirena de ambulancia.

Sí, sentado en un sillón, en la oscuridad de la sala de su apartamento, Adam Brooks, teniente de la Sección de Homicidios, estaba pensando. No pensando vagamente en una cosa y otra, sino pensando de modo concentrado, concreto, metódico. Una vez más, en su mente analítica se iba proyectando la película... aquella película que él creaba cuando estaba investigando un caso. Las imágenes se sucedían despacio, con todos los detalles. Era, además, una película sonora: todos y cada uno de los personajes hablaban dentro de la cabeza de Adam Brooks, recitaban su papel.

Y por fin, cuando la película privada terminó en la mente de Adam Brooks, éste apagó el cigarrillo en el cenicero y se inclinó

hacia el teléfono. Al alzar el auricular, el disco se iluminó... Estuvo así unos segundos. Luego, Adam colgó de nuevo el auricular, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del apartamento.

Berenice abrió la puerta de su apartamento, y se quedó mirando sorprendida a Brooks.

—Adam... ¿Ahora vuelves de Los Ángeles?

—Hace horas que volví. He estado pensando en mi apartamento.

—Bien... ¡Cielos, son las cuatro de la mañana!

—Todavía no. He pensado dar un paseo en coche, Berenice... ¿Te gustaría acompañarme?

La sargento Berenice Marsh se limitó a parpadear. Luego, dejando que Adam cerrase la puerta, dio media vuelta y se dirigió hacia el dormitorio, quitándose ya la chaqueta del encantador pijama azul. Cuando Adam quedó en el umbral, Berenice se estaba quitando los pantalones. La mirada de Adam se clavó en el triángulo de rizos sexuales.

—No estás obligada —dijo.

—Ya lo sé. ¿Adónde vamos?

Desde el pequeño despacho de la gasolinera, Conrad Maurer miró una vez más el automóvil que se había detenido a cierta distancia. Al principio había creído que iba a repostar, pero no. El coche se había detenido, eso era todo, y llevaba ya varios minutos allí. La vista de Conrad era buena, incluso mejor que la del conserje del edificio donde vivía Caroline Masterson, así que había diferenciado con cierta facilidad las dos figuras que había en el asiento delantero del coche en cuestión: un hombre y una mujer. ¡También eran ganas, a las cinco de la mañana...!

De pronto, las luces del coche se encendieron; el vehículo se desplazó lentamente, y fue a colocarse ante el surtidor. Vaya, sí iba a repostar, después de todo. Conrad salió del despachito, y fue directo al surtidor. El conductor no salía, quizá porque hacía un fresquito más que regular de madrugada. Conrad fue a colocarse ante la ventanilla del conductor, y se inclinó.

—¿Cuánt...? ¡Hola, teniente!

Se quedó mirando desconcertado a Brooks. Éste señaló hacia atrás.

—Pase a sentarse, señor Maurer.

Conrad estaba desconcertado, pero obedeció. Cuando ocupó el asiento de atrás pudo ver bien a la mujer, pues ella volvió la cabeza, igual que Brooks. Era una preciosa mujer, sin duda. Un bombón rubio que...

—¿Nos ha estado usted viendo? —preguntó Adam.

—Sí, señor. Bueno, sabía que había aquí un hombre y una mujer, pero no le reconocí, teniente... ¿Ocurre algo?

—Sólo quería asegurarme de que si los dos hombres de la camioneta hubiesen estado en la cabina, usted los habría visto.

—Ah, la camioneta. Claro que los habría visto. Pero usted mismo, dijo que estaban en la caja, ocupados. Y claro, si estaban por allí, yo no podía verlos.

—Le voy a pedir un pequeño favor, señor Maurer: torne mi lugar, y conduzca el coche hasta colocarlo donde estuvo parada la camioneta. ¿Puede hacerlo?

—Desde luego que sí.

Adam salió del coche, cambiando de sitio con Conrad. Este condujo el coche sin titubeo alguno hacia el lugar, maniobró un par de veces, paró de nuevo el motor y se volvió a mirar a Brooks, que estaba inclinado hacia delante, apoyado en el respaldo del asiento de la preciosa rubia, mirando hacia la gasolinera.

En los ojos del teniente Brooks se reflejaban las luces del anuncio luminoso de los neumáticos «Goodyear».

—Puedo equivocarme en un par de metros, no más —dijo Conrad.

—¿Lo demás todo está bien? —susurró Brooks.

—Seguro que sí.

—Señor Maurer: ¿no trabaja usted demasiadas horas?

—Bueno, soy joven y fuerte. Y si aguanto así año y medio más, podré poner un tallercito para reparación de motos... Las cosas serán muy diferentes entonces.

—Le deseo mucha suerte.

—Gracias... ¿Ponemos gasolina? —sonrió el muchacho.

—Esta vez, sí. Tengo que ir a Los Ángeles, volver... Sí, llenaremos el depósito.

Y Adam Brooks volvió a mirar hacia el surtidor, recibiendo de nuevo en sus ojos el anuncio luminoso.

CAPÍTULO XI

Adam Brooks, Berenice Marsh y Henry Ambler se pusieron en pie cuando Lilliam Howells apareció en el salón de su hermosa casa en Wilshire Boulevard. Era un día espléndido, y por el ventanal que daba al jardín se veía el resplandor del sol de California. Lilliam Howells estaba bellísima... pero parecía un tanto molesta.

—Buenos días, señora Howells —saludó Brooks.

El mayordomo cerró la doble puerta tras la viuda, que se quedó de pie, mirando de uno a otro visitante.

—Sólo son las nueve de la mañana, teniente.

—Las nueve y... —Adam miró su reloj— y veinte, señora Howells. Hubiésemos podido venir mucho antes, pero me pareció descortés visitarla a las seis de la mañana. Creí que las nueve sería una hora menos inoportuna. ¿Estaba usted durmiendo?

—No he podido descansar bien durante la noche. Sí, hacía poco que me había dormido.

—Lo siento.

—Bien... Ya está usted aquí, ¿no? Siéntense, siéntense.

—Gracias.

Berenice y Lilliam se sentaron a la vez, y Adam y Henry lo hicieron acto seguido. Lilliam dirigió una mirada a Ambler, que parecía desconcertado. Adam Brooks y Berenice Marsh no estaban desconcertados. Y la miraban fijamente, especulativamente.

—Ustedes dirán —murmuró Lilliam.

—¿Sabe usted, señora Howells, que cuando una persona está nerviosa aumentan sus deseos de orinar? Su necesidad, mejor dicho. No me pregunte por qué; no soy médico. Pero eso ocurre... ¿No es cierto, Henry?

—Pues, sí... —Casi tartamudeó Ambler—. Sí, señor.

Lilliam miraba atónita a Brooks.

—No comprendo... ¿De qué está hablando?

—Usted, señora Howells, fue a orinar dos veces la tarde en que la secuestraron. Me refiero a mientras duró su estancia en el salón de belleza. Cuando la sargento Marsh mencionó ese detalle, creí que estaba bromeando. Esta madrugada he insistido sobre el tema, y resulta que no estaba bromeando... Cuando estuvo en

«Rachel's»,

hizo tantas preguntas sobre usted que incluso le dijeron que usted había ido a orinar dos veces... ¿Estaba nerviosa, señora Howells?

—Pero... ¿qué está usted diciendo?

—Su marido debía ser tonto. Cuando fue a un motel lejos de Los Ángeles para reunirse con Caroline Masterson, se puso barba postiza; en cambio, visitó un par de veces a la Masterson a cara descubierta, en plena Los Ángeles. ¿No le parece esto tonto, señora Howells? A mí, sí. Y también me parece tonto presentarse en dicho motel conduciendo su propio auto. Del mismo modo que me parece tonto que un hombre inteligente se pasee en su propio coche con una muchacha rubia. Y también me parece tonto que un hombre acuda armado a una cita sexual... Pues bien: su marido era tonto, señora. ¿O no lo era?

—Teniente, le aseguro que no entiendo nada de lo que está diciendo.

—Su marido era tonto... al parecer. Pero no era el único tonto: también eran tontos Jasper Bellow y Edward Greely. Y voy a decirle por qué: por aceptar un trabajo en el que todo lo que tenían que hacer, de momento, era llamar por teléfono y preguntar: ¿todavía no? Sin embargo, la pregunta tenía sentido. Yo creo que, formulada completamente, la pregunta sería así: ¿todavía no vamos allá? O quizá: ¿todavía no vienes? De todos modos, sabían que cuando les dijese que sí, que fuesen ya «allá», o no recibiesen respuesta de la rubia Mary Smith, debían ir «allá», para encontrarse, claro está, con Mary Smith.

—Bueno, sí, eso parece que...

—Pero mientras esperaban, señora Howells, debían estar aburriéndose mucho en la camioneta, metidos en la caja.

—¿Aburriéndose? —jadeó Lilliam—. ¡Usted sabe que me estaban...!

—No. Usted no estuvo allí, en la gasolinera. No entonces, al menos.

—Pero... ¿se ha vuelto usted loco?

—Señora Howells, la sargento Marsh y yo hemos estado esta madrugada en la gasolinera, y el empleado de ésta ha colocado mi coche tal como estuvo parada la camioneta aquella tarde. Es un muchacho joven, listo, muy consciente, y con una vista y una memoria excelentes. Es de los que harían bien cualquier trabajo. En cambio, hay personas en las que no puede uno confiar. Por ejemplo, Jasper y Edward. Ellos, cumpliendo la parte para la que habían sido contratados, estuvieron allá, en efecto, pero, señora Howells, colocaron la camioneta de cara a la gasolinera. ¿Me comprende usted?

Lilliam Howells palideció, y tragó saliva.

—No... —susurró—. No le... comprendo... No.

—Se lo explicaré con mucho gusto: he querido decir que, puesto que la camioneta estuvo parada de cara a la gasolinera, la parte de atrás quedaba fuera del alcance visual del empleado, oculta a sus miradas. Del mismo modo, señora Howells, cuando las puertas de la caja de la camioneta se abrían, nadie que estuviese dentro de la caja podría ver el anuncio de los neumáticos «Goodyear», ni la cabina telefónica, por la sencilla razón de que estaban en dirección opuesta, oculto todo por la camioneta. ¿Me comprende ahora, señora Howells?

—No... ¡No!

—Me parece que sí va comprendiendo. He dicho bien claramente que usted no pudo ver en ningún momento ni la cabina telefónica ni la palabra «Year». Sin embargo, sí sabía todo esto, ya que, con anterioridad a los hechos que nos ocupan, usted estuvo por allí, bus cando un lugar adecuado... y aquél le pareció bien. Y como esto era lo último que le faltaba, siguió adelante con su plan, que estoy seguro le costó muchas horas de pensar, incluso noches en vela. Una parte del plan consistía en hacerse llevar un par de veces por su marido a «El Pato Rojo». Luego, con una gran habilidad cariñosa por su parte, convenció a su marido de que tenía celos del modo en que él había mirado a Caroline Masterson, de modo que, en dos o tres ocasiones, se caracterizó usted como ella: rubia, llamativa... Lentes oscuros, peluca... Ya me entiende. Claro está, su marido, tan educado, le siguió el juego. Seguramente, le divertía. Cate en lo posible, señora Howells, que usted le convenciese de que

era... excitante todo esto, lo de tener una mujer que jugaba a disfrazarse para darle mayor emoción a sus relaciones. Sí, seguramente su marido se divertía... ¡Qué chiquilla tan loca y excitante eres!, debía decir. Y seguía el juego. Lo siguió hasta el punto de ir un par de veces al apartamento de Caroline Masterson. Esto me dio que pensar: ¿por qué ponerse barba para ir al «Barbanegra», que está lejos de Los Ángeles, y en cambio ir a cara descubierta al apartamento de una chica como Caroline Masterson? No ha sido fácil llegar a una conclusión...

—¿Qué conclusión? —saltó Ambler, aguda la voz.

—Tranquilízate, Henry, o tendrás que ir al cuarto de baño. Ya sabes. ¿Qué conclusión? Bueno, tengo el convencimiento de que la señora Howells convenció a su marido para que fuese al apartamento de Caroline Masterson a comprarle alguna prenda de ropa de ésas tan extremadas, tan... sugestivas que ella usaba, a fin de que el señor Howells complaciera el capricho de su esposa de ponérselas... ¿Qué le decía usted a su marido cuando se disfrazaba de Caroline Masterson, señora Howells?

—Siga usted inventando locuras, ya que tanta imaginación tiene —replicó fríamente Lilliam.

—Bueno, ¿qué más da? Para él, aquél debía ser un juego sexualmente excitante. Debía encantarle. Como hombre, le aseguro que no me disgustaría que mi esposa, si alguna vez la tengo, tuviese una imaginación tan divertida. El sexo es hermoso y alegre, y todavía es mejor si resulta divertido, estimulante. De modo que el señor Howells le siguió a usted el juego: la paseó disfrazada de rubia, fue a comprarle prendas a Caroline Masterson para que usted se las pusiera... Cosas así. Mientras tanto, usted se hizo amiga de la Masterson, muy discretamente, y, llegado el momento y ya segura de que ella aceptaría, le propuso un pequeño trabajo de chantaje con el que podrían obtener dinero del señor Howells. La Masterson, que era una golfita de campeonato, aceptó. Y le procuró a usted los dos hombres que necesitaba, y que quedaron encargados de robar la camioneta y esperarla a usted frente al «Rachel's».

Por eso estaba usted tan nerviosa que tuvo que ir a orinar un par de veces: se lo iba a jugar todo aquella tarde. Se lo iba a jugar todo, porque si no espabilaba, el señor Howells no tardaría en aburrirse

del juego, y llevaría adelante su intención de divorciarse de usted, acusándola de haberle mentido respecto a la posibilidad de tener hijos. Así que usted no pudo amenazarlo con un divorcio muy caro; todo lo contrario, al señor Howells le habría resultado muy barato, pues había habido por parte de usted engaño por omisión, y él podía demostrarlo haciendo que la examinara un médico, que podría decir que usted había sido operada hacía años, y que por tanto, sabía perfectamente que no podría tener hijos nunca. De modo que usted se veía divorciada, en la calle, sin hermosa casa, sin dinero, sin la posición social que tanto le gustaba... e incluso, sin sus alfombras de visón, quizá. Y en lugar de resignarse a esto, usted planeó el asesinato de cuatro personas...

—¿Cómo, cuatro? —jadeó Henry Ambler—. ¡Sólo...!

—Henry, has trabajado bien conmigo, de modo que compartiremos el triunfo. Pero no te he traído sólo por eso, muchacho. Te he traído, más que nada, para que veas de cerca y en directo a una persona capaz de asesinar, y su actitud y reacciones cuando las cosas se le ponen mal. Es una experiencia a la que quiero que asistas... en silencio.

—Sí, señor... Lo siento, señor.

—Pero sí: cuatro asesinatos. Vamos a ver el plan, a grandes rasgos, eso sí, porque todos conocemos ya sobradamente los detalles. Veamos... La señora Howells sale de

«Rachel's»,

es recogida por sus «secuestradores», y llevada en la camioneta al lugar donde los está esperando Caroline Masterson en su coche «Olympia» color verde claro. Jasper y Edward se van con la camioneta al lugar convenido... naturalmente, solos. Llegan ante la gasolinera, detienen la camioneta, y conforme a las instrucciones impartidas por la señora Howells, pasan a la parte de atrás, y, de cuando en cuando, salen a telefonar al «Barbanegra Motel», también conforme a lo convenido. Mientras tanto, la señora Howells, ocupando el lugar de Caroline Masterson, es decir, disfrazada de nuevo lo más parecida posible a ésta, ya se ha inscrito en el motel con el nombre de Mary Smith. Jasper y Edward van llamando. A las seis y pico, llega Wendell Howells, complaciendo una vez más a su linda esposa. ¡Qué caprichos, hacerle ir con barba a un motel, como dos vulgares amantes...! Pero es excitante,

divertido, no cabe duda. El señor Howells pregunta por Mary Smith, va a la cabaña, conversa un poco con su esposa... De pronto, la señora Howells saca el revólver de su marido, que, por supuesto, ella ha tomado de su despacho antes de salir de casa aquella tarde... Apoya la boca de fuego en el pecho del señor Howells, y dispara, sin la menor posibilidad de fallar. Luego, sale corriendo, espera a ser vista, escapa del motel... y a poca distancia sube al coche de Caroline Masterson, que ha dejado lo suficientemente a mano. Utilizando este coche, acude al lugar donde sabe que acudirán Jasper y Edward cuando no obtengan contacto inmediato con ella. Todo está estudiado. Y en efecto, Jasper y Edward acuden con la camioneta al lugar de la cita... Aquí, ciertamente, viene la parte más desagradable: la señora Howells sorprende a los dos hombres haciéndose... poseer violentamente, ya que no violar, puesto que ella está de acuerdo en todo. Bueno, Edward y Jasper aceptan también el juego y la... utilizan sexualmente una y otra vez, la arañan, la golpean a instancias de ella... Quizá pensaban que estaban con una chiflada o una masoquista... ¿Qué más da? Les van a pagar bien el capricho, y, de todos modos, a nadie le amargaría un dulce como es la señora Howells... De modo que la... «violan» cumplidamente. Acto seguido, la señora Howells les dice que metan la camioneta en el campo, bajan los tres, ella los mata, golpea a uno en la cabeza con la barra de hierro, tira ésta dentro de la camioneta, y escapa a campo través después de trasladarse con el coche de Caroline Masterson a otro lugar, claro está. Un lugar cerca del cual estoy seguro de que pronto encontrarán el coche «Olympia»... aunque no a la pobre señorita Masterson, desde luego.

—¿La mató también? —exclamó Henry.

—Por supuesto. La mató antes de presentarse con su aspecto en el motel. Y todo el tiempo la estuvo llevando dentro del maletero del coche, hasta que, tras matar también a Jasper y Edward, fue con el coche al lugar elegido, donde ya tenía preparada una fosa. Metió dentro a Caroline Masterson, alejó el coche unos cientos de metros y, dejándolo abandonado, buscó el lugar de campo que también tenía estudiado para corretear por allí, dejar sus huellas, arañarse las piernas, etcétera. Mientras tanto, la señorita Masterson, cuyas ropas y zapatos había estado usando la señora Howells en los momentos convenientes, ya estaba muerta... y enterrada. Cuando

sea encontrado su coche, ya nadie podrá pensar que lo ha dejado abandonado por allí para escapar a pie por temor a que sea identificado su coche... No. Cuando sea encontrado su coche, sabremos que Caroline Masterson está enterrada cerca, con sus ropas, sus zapatos... y el revólver del señor Howells... ¿Verdad, señora Howells?

Henry Ambler miró, con expresión desorbitada, a la viuda, que suspiró profundamente, y dijo:

—A cualquier mujer le gustan las alfombras de visón. No iba a cederlas sin lucha, ¿verdad, teniente?

—Dios... —jadeó Henry—. ¡Todo es verdad, lo hizo! ¡Lo hizo!

—Gracias por admitirlo, señora Howells —dijo serenamente Adam—. Creí que tendría que molestar al conserje del «Barbanegra» para que identificase su voz, cosa que estoy seguro habría hecho... por muy miope que sea, motivo por el que usted eligió el «Barbanegra Motel». No, no lo molestaremos y... más vale así... Cuanto menos se moleste al prójimo, mejor.

Lilliam Howells dirigió una desganada sonrisa a Adam.

—A mí me ha molestado usted, teniente.

A Henry Ambler casi le saltaban los ojos de las órbitas contemplando a la cínica asesina.

Pero Adam Brooks no se inmutó.

Sencillamente, se puso en pie, se acercó a ella, y dijo, siempre reposadamente, amablemente:

—Me temo, señora Howells, que hoy sí va a tener que acompañarnos a la puerta... y hasta un poco más lejos.

ALFOMBRAS DE VISIÓN

Berenice Marsh abrió la puerta de su apartamento y sonrió a su visitante, que llevaba un paquete bajo el brazo, envuelto en papeles de periódico.

—Hola, teniente... —saludó—. Pasa.

—¿Qué tal, sargento? —Entró Brooks.

—Pues, ya ves —señaló Berenice su delantal—: preparando esa cena suculenta para celebrarlo. A tal efecto, debo recordarte que no sólo tocaba esta vez en tu apartamento, sino que es una cena muy cara. ¡El señor teniente ha querido champaña...!

—La pagaremos a medias, naturalmente.

—Eso está mejor. El sueldo de sargento es inferior al de teniente.

—Cuando llegue el nombramiento, pagaré yo sólo estas orgías.

—Ésa es una buena noticia... ¿Qué estás mirando?

—Bueno... Es la primera vez que me ocurre.

—¿El qué?

—Que un ama de casa me reciba con delantal.

—Pues es una cosa muy corriente.

—Sí. Pero generalmente las demás amas de casa suelen llevar alguna ropa más, debajo del delantal. Y tú no llevas nada.

—Se me han estropeado los mandos de la calefacción, así que tuve que aligerarme de ropa. Me estás matando de curiosidad, Adam. ¿Qué llevas en ese paquete?

—Una buena parte de mis ahorros.

—¿Una buena parte? ¡Si todo ese bulto es de billetes de banco, eres millonario!

—No son billetes de banco: es una de las muchas cosas que pueden comprarse con ellos.

—¡Adam...!

—Está bien, está bien... Vamos a ver...

Segundos más tarde, Berenice Marsh contemplaba estupefacta

los «ahorros» de Adam Brooks, que éste le ofrecía.

—Dios mío... —jadeó la preciosa Berenice—. ¡Has traído una alfombra de visón envuelta en sucios papeles de periódicos!

—No son sucios —refunfuñó Adam—: es el periódico de esta tarde. Lo acabo de comprar.

—¡Pero están envolviendo una alfombra de visón!

—Ya no —masculló Brooks—. Bueno, ¿vamos a ver cómo queda en tu dormitorio?

—Adam, esto... es como... Bueno, me estás tratando como a una amante, ¿no te parece?

—Claro que no. Esto no cambia nada. Somos amigos, eso es todo. Buenos amigos, naturalmente.

—¿Sin más consecuencias?

—Sin más consecuencias.

Berenice asintió con la cabeza.

—Vamos a ver cómo queda en el dormitorio —murmuró.

Cuando aparecieron en la puerta del dormitorio, Adam fue directo al lugar donde pensaba poner la alfombra de visón. Es decir, sólo dio un paso hacia allí. Se quedó mirando, petrificado, la alfombra de visón que ya ocupaba el lugar que él había previsto para la suya.

Lentamente, se volvió hacia Berenice, que sonrió deliciosamente, y sugirió:

—Puedo coserlas una con otra, y así tendremos una sola más grande.

—La idea es buena —meditó Brooks—, pero será una lata andar siempre arriba y abajo con una alfombra de visón de tu apartamento al mío y viceversa.

—Peor es llevar un cadáver arriba y abajo, ¿no?

—Tienes razón. Bien... ¿probamos las alfombras?

—¿Y la cena?

Adam Brooks comenzó a quitarle el delantal a Berenice.

—Ya sabes que soy un buen cocinero... Luego la haremos entre los dos. Lo primero es lo primero.

—Tienes razón... —Tuvo que admitir Berenice—. ¡Oh, cielos, me vuelven loca las alfombras de visón!

—Sí, señor.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



NOTAS

[1] ¡Viva la vida!, en inglés. < <